

VIDA DE SANTA TERESA

VIDA D
Santa TERESA D JESVS

Por R. P. RAFAEL ALCOCER
MONJE BENEDICTINO

Oración:



En el **TEATRO BEATRIZ**,
donde se estrenó apoteósicamente
y se representó hasta 100 veces
consecutivas, reaparecerá el mar-
tes, 23 de Mayo

Teresa de Jesús

la portentosa obra de

Eduardo Marquina

cuyo éxito en Madrid, que ha sido
y está siendo el mismo en toda
España, no solo es el mayor que
recuerda esta generación sino que,
por la ingente figura teatralizada,
por la magnífica lección cristiana
que de la maravilla de sus versos
se desprende y por sus altos valo-
res escénicos, ha merecido fero-
vosa aprobación de las más signi-
ficadas Autoridades eclesiásticas y
elogios encendidos de la prensa
de todos los matines.

VIDA DE
SANTA TERESA DE JESUS

por

R. P. Rafael Alcocer

Monje benedictino

MADRID, 1933

Imprimi potest

† L. Serrano,
Abad de Silos.

Autorizada su publicación

por la Censura Eclesiástica.

**VIDA DE
SANTA TERESA DE JESUS**

Sanctae Teresae de Jesu, sanctae virginis et
Hortensiae (Mensis de Vallibus)



Santa Teresa de Jesús, famosa escultura de Gregorio Hernández (Museo de Valladolid).

En la tendida llanura castellana, un nudo de rocas enjoradas de almenas. Parece como si el seno grande de la planicie se alzara empujado por el palpitar de un corazón inmenso. Y aquello es Avila.

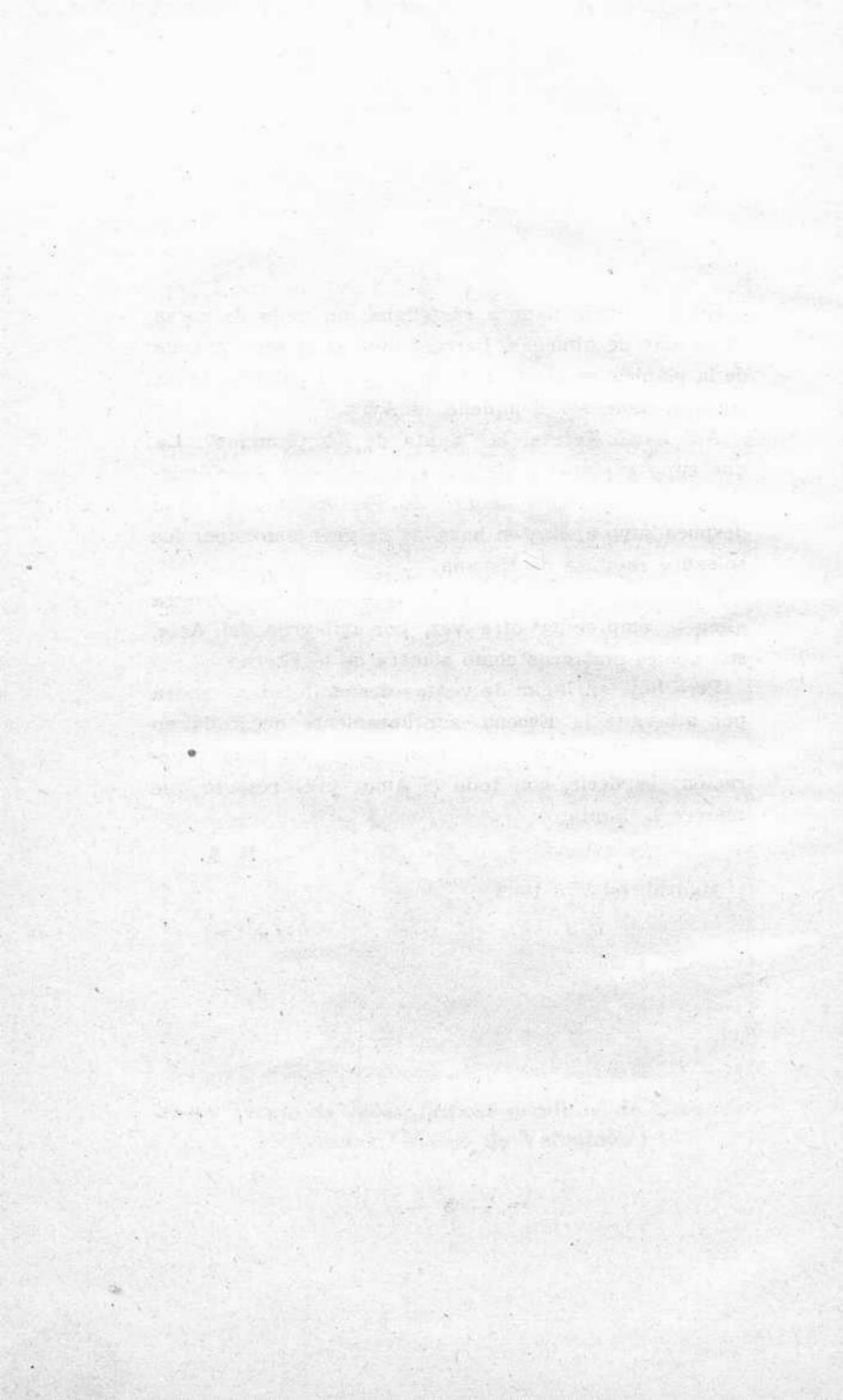
Allí nació Teresa, la "Santa de los Caminos". La que supo explorar y describir a maravilla aquel místico "Camino" que llamó "de Perfección". La que después supo andar, en hazañas de gran amor, por los soleados caminos de España.

Cuando el telón se alce, la veréis—en vilo vuestra alma—, emprender otra vez, por milagros del Arte, sus nobles andanzas como romera de lo Eterno.

Pero hoy, en lugar de ventas desmanteladas, tendrá por albergue la Escena, suntuosamente decorada en galas por Marquina, para hospedarla con toda veneración; es decir, con todo el amor y el respeto que merece la Santa.

R. A.

Madrid, febrero 1933.



I

“Me veo como era entonces;
no sé si pierdo o si gano...
Niña, enferma, tan delgada,
que el aire por esos campos
para cimbrearme, apenas
tenía que hacer trabajo...
Miraba a todo, y de nada
se me aprovechaba el ánimo.

Parecía mariposa
que hace los vuelos cortados;
que no va; de cuantos colores
pintan al sol, el reclamo
la lleva a tontas y a locas,
sin que ella sepa a qué santo;
ella misma es... un poquito
de color que ha salpicado.”

MARQUINA, *Estampas carmelitas. II.*

En el siglo

(1515-1536)

Don Alonso Sánchez de Cepeda y su segunda mujer, doña Beatriz Dávila y Ahumada, recibieron de Dios, el 28 de marzo, año 1515, la bendición y el honor de un nuevo hijo. Era una niña, y se llamó Teresa. Ahora bien: este nombre, muy poco usado por entonces, tiene en esta ocasión un acento de profecía, pues en su lengua de origen significa "agraciada" y "milagrosa". Y esto había de ser la niña aquella: una joya de milagro prendida como un beso de Dios en el pecho de España.

Su padre, grave caballero, llevaba en el alma la fe de Cristo, no cómodamente aislada en compartimientos estancos: a un lado las creencias, la vida a otro lado; sino como ella es, como una plena invasión de luz y de fuerza que ocupa todo el ser y se derrama después en la conducta. Más adelante, cuando la Santa, rendida por la obediencia, escriba su propia "Vida", nos mostrará a su padre como varón temeroso de Dios, leal con los hombres, honrado y honesto y muy caritativo; y luego, como sin querer insistir en ello, nos dirá de su padre que jamás consintió en poseer esclavos, porque sólo considerar que no eran libres "no lo podía sufrir de piedad". En estas

sencillas palabras está por entero todo lo que había en él de magníficamente humano, y todo lo que de cristiano había en aquel hombre.

La madre era muy bella. Bella y honesta. Sus continuas dolencias y el gobierno de la casa no la distraían de sus devociones, ni tampoco de ciertas lecturas a que era muy aficionada. Sin soltar la labor de las manos, en torno suyo aquel nidal de pequeños, mientras se trabajaba, se tenía un poco de lectura, y lo que se leía con frecuencia eran famosos libros de Caballería. Entonces, doña Beatriz sentía que, por unos momentos, huían de su corazón las graves preocupaciones a que alude su hija; y el espíritu de los pequeños huía también, pero mucho más lejos, más allá de toda frontera, hacia el país de las maravillas y los sueños.

Estas preocupaciones, los "grandes trabajos" de que habla la Santa al explicar la afición de su madre por estas lecturas, se comprenden fácilmente en una persona tan hostigada de enfermedades y que, además, tenía bajo su gobierno, y aparte la servidumbre, una familia de doce hijos. Los tres mayores—dos varones y una joven—pertenecían al anterior matrimonio de don Alonso.

Entre todos los hijos, el cariño del padre se posaba con suave insistencia sobre la personita amable y vivaracha de Teresa. Y en verdad que lo merecía. ¿Vivaracha? Sí; pero con una vivacidad que no es aturdimiento de los sentidos, sino impaciencia de un corazón inteligente y pronto.

Siete años tendría—no; ni siquiera tenía cumplidos los siete años—cuando acomete ya su primera escapada hacia Cristo. Sabía ya leer; también sabía enterarse de los libros un hermanito suyo, Rodrigo, un poco mayor en edad, pero el hermano preferido. En-

tre los dos, con algún grueso santoral sobre las rodillas, leían y comentaban las vidas de los santos. Según se aclaró luego, los grandes comentarios los hacía Teresa. A veces, después de haberse horrorizado ante los tormentos sufridos por los mártires, consideraban el premio de gloria que habían recibido. La idea de una dicha eterna los sumía en un pasmo inefable, y se miraban asombrados. Luego, los ojos abiertos en magnífico estupor, y moviendo las preocupadas cabecitas al ritmo de las palabras, repetían incansables: "¡Para siempre, siempre, siempre...!"

Todo esto, muy hermoso, desde luego; pero a Teresa no le bastaba. Su carácter resuelto, su espíritu práctico quería apoderarse con urgencia de aquello que le atraía: ¿no era la segura y gloriosa recompensa de los mártires? ¡Pues a por ella! La dificultad estaba en obtener de Rodrigo un consentimiento más dificultoso que la simple conformidad a los doctorales comentarios de su hermana. ¿Accedería Rodrigo? ¿Se resistiría? ¡Quién iba a resistir al vehementemente argumentar de aquella doctorcilla! Tampoco se resistió su hermano.

Y así, un cierto día, muy a la callada, y llevando un leve hatillo con algunas provisiones, los dos hermanos abandonan la casa paterna, atraviesan la ciudad, pasan por delante de la ermita de San Lázaro, junto al puente de Adaja, y emprenden una caminata que, en sus deseos, iba muy lejos: a tierras de moros. Más lejos todavía: ¡al martirio! Iban a que los "descabezasen", según palabra de la Santa.

Pero Dios no quiso que fuesen tan lejos. Cerca de la ciudad, allí donde ahora se alza un sencillo monumento conmemorativo, tropezaron con un tío suyo que regresaba de cabalgar por el campo. El caballe-

ro, asombrado de hallarlos tan solos por aquellos lugares, los detiene y los vuelve a la casa, con gran disgusto de Teresa.

Rodrigo no se sentía tan contrariado de ver terminar de manera más suave la asombrosa aventura, y así, cuando la madre les reprende, el muchacho se excusa:

—“Yo, madre, fui persuadido; que Teresica, mi hermana, tiene la culpa!”

¡Vaya por Dios! También, con el tiempo, será Teresa quien tenga “la culpa” de otras aventuras no menos asombrosas. En ésta de ahora está, germinal y espontáneo, todo el aliento y el modo que pondrá en otras empresas el día de mañana: contemplar, pasarse y realizar.

Pero, por de pronto, y hasta que ese día llegue, el espíritu de Teresa había de experimentar algunas vacilaciones en su orientación, algunas reticencias antes de entregarse como se entrega la flecha cuando va derecha al blanco.

En 1527, cuando Teresa, según ella dice, tendría unos doce años, en esa edad de riesgo, murió su madre, joven todavía. Al dolor que le hirió por entonces se añadía una estremecida sensación de estupor y desamparo, como si presintiera vagos peligros. Sus ojos miraban en torno con asombro doloroso, hasta que tropezaron con una imagen de Nuestra Señora. Teresa cae a sus plantas, y en abundancia de lágrimas pide a la Virgen que sea ella su madre, pues perdió la que tenía. “*Paréceme—dice la Santa—que aunque se hizo con simplicidad, que me ha valido.*”

El momento de conocer lo que pudo valerle la protección de tal madre estaba cerca.

Desde hacía ya tiempo, entraba en su casa una pa-

riente cuyo trato había querido distanciar doña Beatriz, sin poder conseguirlo. Era la tal pariente mujer zasquivana, aturdida, amiga de diversiones y, acaso, por pura golosina, enredadora de amoríos; honestos, desde luego, pero que pudieran resultar peligrosos. Todos hemos conocido señoras como ésta. En sus conversaciones con Teresa se mostraba poco prudente, y trataba de cultivar aquellos posos de vagos ensueños que las aventuras caballerescas y galantes de los libros de caballería iban dejando en el espíritu de la joven. Para una mujer de tan pobre cabeza y de temperamento tan voladizo hacia lo sentimental, debía ser una lástima el recatado retiro en que vivía Teresa. ¡Una pena!

Y cierto que las gracias y las prendas de la joven solicitaban por sí mismas y rendían la admiración de todos. Según nos la representan quienes la conocieron, "era de muy buena estatura, rostro entre redondo y "aguileño, muy proporcionado; con buen color; cuando "estaba en oración se le ponía el rostro muy hermoso, "brillando todas sus facciones; tenía tres lunares en "el lado izquierdo: uno a la mitad de la nariz, otro "entre ésta y la boca y el tercero en la barba, que la "hacían muy graciosa; las manos, pequeñas y muy lin- "das; el cabello, negro y crespo; cejas color rubio os- "curo, que unido esto a la viveza y gracia particular "de sus ojos negros, hacía como quería que en su pre- "sencia, mostrando gravedad, todos la respetasen, y "en riéndose, todos riesen, derramando sólo su vista "alegría y haciéndose a todos amable y agradecida sin "ser pegajosa".

Esta era la joven que la pariente aquella había tomado como en tutela por la influencia que ejercía su trato sobre Teresa.

Ahora bien: sucedía que en casa de don Alonso entraban también ciertos primitos; eran los únicos muchachos que se admitían, pues el padre *“era muy recatado—dice la Santa—y pluguiera a Dios que lo fuera de estos también”*.

Bajo el signo de exigente perfección en que puso después todos los actos de su vida, las inocentes complacencias sentimentales de estos años, el deseo de agradar, el esmero prolijo y condescendiente en ataviarse, adquieren para la Santa un carácter serio, grave, y se acusa de todo esto como de faltas que pesan sobre su alma. Y no fueron más que el natural alborozo de una naturaleza jugosa y rica que al asomarse por la juventud lo ve todo riente y puro y bello.

Pero tenía sus peligros, dadas las circunstancias, aquel triunfal optimismo de sus años. Muerta la madre, casada ya la hermana mayor, María, y el padre ocupado con los muchos negocios y trabajos de tan numerosa familia, pensó don Alonso que lo mejor para Teresa en aquellos días peligrosos era ponerla de pensionista en un convento.

En Avila había uno, de agustinas, que gozaba de gran reputación por su observancia y por el trato que recibían de él las educandas, o mejor dicho *“las doncellas de piso”*, que así las llamaban. Allí entró Teresa cuando contaba dieciséis años.

Los primeros ocho días dice ella misma que lo sintió mucho; pero lo que más sentía, según propia confesión, era el pensar que en la determinación de su padre pudiera haber influido el conocer o sospechar las vanidades a que se había entregado. También, por aquellos días, las importunidades de alguno que quedaba afuera comenzaron a desasosegarla con recados; pero como para esto de los recaditos no había ocasión

llana, Teresa pudo entrar anchamente; sin estorbos en el espíritu y prácticas que regían a las otras jóvenes.

Las doncellas internas vivían aparte de la comunidad, aunque dentro de clausura; al frente de ellas había una religiosa, elegida por todas las demás para este cargo delicado. En este punto tuvo suerte Teresa. La monja que presidía a las doncellas, doña María Briceño, era una señora de gran virtud, de experiencia del mundo y de mucho tacto. Al descubrir en Teresa un alma recta y vibrante, trató de manejarla como aquel que maneja una flecha bien acondicionada para buscar el blanco. Pero faltaba aún el arco y el arquero.

Al año y medio, una recia enfermedad obligó a la joven a salir de clausura, y la dejó sin grave sentimiento. Había adquirido cierto gusto por la oración; se había afinado su espíritu para la comprensión de las cosas de religión; se complacía también en ver en torno suyo monjas tan austeras y observantes; pero, como ella misma confiesa, era todavía "*enemiguísima de ser monja*".

Tampoco se trataba de eso por entonces. Lo obtenido era muy bastante para que el monasterio de Gracia hiciera honor a su nombre al poder ofrecer a Teresa la noticia que amaba sin saberlo: que allí, en el claustro, puede ser feliz todo el que aprenda a amar.

Cuando la joven hubo recuperado a medias la salud, fué llevada a casa de su hermana María, en Castellanos de la Cañada, para terminar la convalecencia en el campo. De camino, y pues la pillaba al paso, se detuvo unos días en Hortigosa, en casa de su tío don Pedro de Cepeda, varón de grave virtud, viudo ya, y que en su soledad meditaba en su corazón hacerse religioso, como después lo hizo.

Don Pedro, recreado por la presencia alegre y dulce

de Teresa, charlaba amigablemente con ella, y la ofrecía en lecturas ciertos libros venerables y austeros. Le hablaba de Dios y de la vanidad del mundo, y Teresa escuchaba y sonreía; le daba a leer libros de aquellos, y la sobrina los recibía y todavía sonreía, como si la agradaran, pero "*no era amiga de ellos, aunque mostraba que sí por dar contento*". Ahora bien; cuando, pasados unos días, se fué Teresa a Castellanos, ya no sonreía al oír hablar de la enorme y doliente vanidad de las cosas; tampoco tenía que fingir al acoger con gracia libros piadosos.

Todos los místicos afanes de su niñez temblaban de nuevo en su alma y la llenaron, por tres meses, de rumores; rumores de altas batallas. Su tío, aquel don Pedro excelente, sin saberlo quizá, pero en nombre de Dios, había tendido el arco y fué el arquero. Por eso se estremecía el alma de Teresa como la flecha al ser disparada.



**Imagen de Santa Teresa, que se venera en la capilla
donde nació en Avila.**

II

“En ese mismo lugar
donde hoy su merced se expresa
tan sin fe que hace dudar,
se sienta a hablarnos Teresa
y es necesario creer.
Ya saben que, cuando trata
de Dios, es ella mujer
que pone el pecho, habla en plata.
Saca a relucir lo oculto
de arrobos y apariciones;
usa unas comparaciones
que es como verlo de bulto;
su fuego prende en la leña
del alma que lo recibe:
no es una monja que sueña,
es... una santa que vive.”

MARQUINA, *Estampas carmelitas*, I.

En el "Castillo interior"

(1536-1562)

La segunda salida de Teresa por los campos de lo eterno ocurrió de este modo:

Una mañana, a comienzos de otoño del año 1536, muy a hurtadillas, que nadie lo sepa, sale Teresa de casa de su padre, también en compañía de su hermano. Pero esta vez no es ya Rodrigo quien le acompaña. Rodrigo se fuera a las Indias el año anterior y moría allí en este mismo año. Quien le acompaña es Antonio, más joven que ella. Y, ya fuera de casa, el joven se encamina al convento de Santo Tomás. Le ha persuadido su hermana a que se haga religioso, y quiere ser dominico. Teresa quiere ser carmelita, y se dirige al monasterio de la Encarnación.

Los meses de lucha interior, a raíz de su estancia en Hortigosa, habían roto en una decisión irremediable: se daría al Señor, sería monja. El padre, al conocer la resolución de su hija predilecta, se opuso tenazmente; pero Teresa era mujer de temple para poder decir, como dirá más adelante: —*Me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.*" (Camino, XXVIII.)

Por eso aquella mañana los dos hermanos abandonan con mucho sigilo la casa paterna. Con mucho silencio, sí, pero llevando dentro todos los gritos de un

dolor sin nombre. —“No creo—dirá luego la Santa— será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece que cada hueso se me apartaba por sí.” (Vida, IV.)

También para don Alonso fué un día de sobresaltos y dolores. Del monasterio de Santo Tomás le avisan la presentación de su hijo, a quien se niegan a recibir sin el debido consentimiento. Por su parte, las monjas carmelitas le dan la noticia de que su hija está entre ellas y que esperan su decisión. El pobre padre, cristiano, ante todo, hubo de ceder a Dios lo que Dios se le llevaba en la persona de Teresa, tan querida.

La vocación de Antonio no fué tan firme por falta de salud. Tomó, sí, el hábito, pero no en los dominicos, sino en los jerónimos; se vió obligado a dejarlo poco después, y años adelante, en 1546, moría en un combate, allá en las Indias, como había muerto también Rodrigo, el compañero de Teresa en su primera salida cuando niños.

En cambio Teresa, habiendo dicho que sería religiosa, tenía que serlo, costara lo que costara, porque—según sus propias palabras—“era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.” Y, de momento, fué lo que ella quiso: simple monja carmelita. Más adelante llegará a ser lo que nunca pensó.

El 31 de octubre de este año, en el locutorio de la Encarnación, su padre firmaba la escritura de dote; el 2 de noviembre, a los veintiún años de edad, Teresa recibía el hábito de la Orden que había de reformar.

Pero ni ella ni nadie soñaba en eso por ahora. Precisamente lo que había desviado a Teresa al pensar en hacerse religiosa, lo que le había apartado del mo-

nasterio de Gracia, donde estuvo con tanta quietud de su alma en sus tiempos de internado, era la austeridad y recogimiento de aquellas monjas agustinas. Quería, sí, ser religiosa, pero con el sentido de hallar un lugar seguro para salvarse; lo bastante seguro como defensa, mas sin rigores ceñudos, sin demasiadas escarpaduras, para no hacer arisco el horizonte del valle.

Al contrario, lo que la determinó a escoger el monasterio de la Encarnación fué el encontrarse en él una gran amiga suya, de cuya compañía esperaba obtener el suave regalo que procuraba una amistad entrañada y honesta. Aun antes de pensar en hacerse religiosa iba a visitarla con frecuencia, y como era el tiempo en que gustaba de aderezos y galas, cierta monjita del mismo convento recordará, muchos años después, a la joven Teresa de entonces, tan gentil en su atavío cuando llegaba a ver a su amiga, con su saya anaranjada, con ribetes de terciopelo negro.

Sin embargo, el goce que experimentó Teresa al verse de religiosa tenía otras calidades más subidas; fué, dice ella, "*un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy*". (Vida IV.)

El retiramiento obligado, las obligaciones y menesteres a que tuvo que entregarse, los humildes servicios que se le encomendaban, traían a su alma, en vez de aridez o nostalgia, alegrías de bodas. "*Andaba algunas veces—nos dice—barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, acordándome que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo que yo me espantaba, y no podía entender por dónde venía.*" (Vida, IV.)

A veces, sí, le invadía una extrema aflicción; es-

crúpulos nacidos de una conciencia exigente, pero aún no bien formada, la hacían llorar como pecados aquellas naderías de "poco tomo". Y como la vieran llorar y buscar la soledad en esas ocasiones, las buenas monjitas la contemplaban con afectuoso interés; después movían la cabeza y pensaban en su corazón, y aun lo decían, que aquello era porque estaba descontenta.

¿Descontenta? Sí; pero ¿de qué? De sí misma estaba entonces descontenta, de aquellos maravillosos pecados que hacían sonreír a los ángeles mientras ella lloraba. Ni siquiera tuvo que hacer esfuerzos para sobrellevar cosa alguna, pues todas le eran de gozo en la vida religiosa. Todas, menos ésta: sufrir "*lo que pareciese menosprecio*". Y aun en esto no podemos estar muy seguros, porque es ella misma quien nos lo descubre, y sucede que la Santa, que jamás habló mal de nadie, se complace hartas veces en decir mal de Teresa, conforme a la máxima aquella que dejó a sus hijas: —"*Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de ti misma.*" (*Máximas.*)

Salvo, pues, la inquietud pasajera causada por los escrúpulos, Teresa pasó el Noviciado levantada en santa alegría, como la alondra que barrena los cielos y sube y canta al sol que amanece.

Noviembre llegó pronto para ella, y el día 3 del mismo, cumplido ya el año, hizo sus votos. Como, según costumbre del tiempo, los hijos escogían indistintamente sus apellidos entre los varios apellidos de sus padres, y como en el convento aquel y en casi todos no trocaban el nombre al profesar, la recién profesa conservó el que había adoptado mucho antes, y continuó llamándose doña Teresa de Ahumada. Con los años introducirá ella misma otra costumbre y tendrá mejor nombre.

Poco después de profesar, a comienzos del invierno del mismo año 1537, una recia enfermedad asaltó implacable a Teresa, y como el convento no guardaba clausura, don Alonso decidió sacar a su hija temporalmente para llevarla a Becedas, unas quince leguas de Avila, donde, según pensaba, había de recobrar la salud por mano de una famosa curandera.

Camino de Becedas, y en espera de tiempo caluroso, Teresa había de pasar unos meses de campo con su hermana María, en Castellanos de la Cañada, como la vez primera. Y también como entonces se detuvo al paso en casa de su tío don Pedro, en Hortigosa. Paró allí algunos días, esperó en Castellanos la época propicia para el tratamiento, y en llegando abril, se encaminó a Becedas.

Tres meses estuvo en manos de aquella endiablada curandera y sometida a cura tan absurda y despiadada, que su padre, asustado, ordenó suspender el plan aquel y regresar con su hija para tratar de salvarla. Era ya agosto cuando se vió de nuevo en Avila, en casa de su padre, pero tan dañada por la enfermedad, y más aún por la cura, que los médicos que la reconocieron la dieron todos por perdida. El 15 del mismo, día de la gloriosa y muy resplandeciente Asunción de Nuestra Señora, Teresa se hallaba como muerta, sumida, dicen "en un paroxismo que estuvo cuatro días sin sentido". Administrada ya la Extrema Unción, abierta la sepultura en su convento, no la enterraron entonces porque su padre se opuso, asegurando que aún no estaba muerta.

Y, en efecto, no lo estaba. Al cuarto día, despierta del extraño letargo, y entonces, en el torpor de la conciencia, en los primeros momentos comienza a hablar de las visiones de maravillas que había contemplado: sus padres. su gran amiga de la Encarnación,

Juana Suárez, habían de salvarse; los vió en el cielo. Vió también los monasterios que había de fundar; vió que al morir la llamarían santa y que su sepulcro sería cubierto para siempre de rico brocado...

Cuando Teresa pudo darse cuenta de lo que había hablado, y cuando le interrogaban sobre ello, respondía toda confusa:

—“*Disparates. Eso no es más que frenesí y disparates!*”

Ahora bien; sucedió que todos aquellos “disparates”, los que la realidad visible podía contrastar, resultaron enteramente ciertos.

De su estancia en Becedas no había obtenido la curación deseada, pero obtuvo algo mejor durante el camino. En Hortigosa, su tío don Pedro le había regalado un ejemplar del “Tercer Abecedario”, del padre Osuna, y este libro influyó muy hondamente en la vida espiritual de la Santa.

Sus afanes de oración íntima y amorosa, la inestable apetencia de recogimiento interior, tuvieron en la obra del padre Osuna un estímulo y una dirección. El Señor la llamaba con instancia, la quería muy cerca, y Teresa, que escuchaba esa voz interior, ni sabía interpretarla ni sabía cómo obedecerla, hasta que el libro aquel le interpretó la voz y le enseñó la vía. Entonces — dice ella misma — “determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas, teniendo aquel libro por maestro.” En realidad, por único maestro, “porque no hallé confesor que me entendiese, aunque lo busqué, en veinte años después de esto”. (*Vida*, IV.)

También por esta vez su tío, el venerable solitario de Hortigosa, había prestado el arco que debía lanzarla a las alturas.

Sin embargo, por mucho tiempo todavía, la falta

de un maestro continuo y cercano que mantuviera la tensión del impetu y supiera dirigirlo con firmeza, permitió que su alma, ágil y pronta de suyo, se detuviera a veces en el camino. Pero sucede que, en estas vías, toda detención es como punto muerto en que se quiebra la fuerza de la subida, y el alma cae de nuevo a ras de tierra.

Así, durante unos años, se libró en su alma una batalla dolorosa entre sus altas aspiraciones y el empuje invasor de las consolaciones terrenas. Quería liberarse, y se libraba de hecho, y volaba; después paraba el vuelo, descendía, y se dejaba atar, sin darse cuenta.

Ataduras muy tenues, claro está: amistades honestas, gusto por las conversaciones y visitas del locutorio, preocupaciones del mundo..., en fin, todo esto, nada más que cordelillos, y muy livianos; pero es lo mismo al pájaro—dirá más adelante San Juan de la Cruz—estar atado con una cadena o con un hilo si las ataduras le impide el vuelo.

Y así también como el pájaro, retenido prisionero en el cordel que le ató sin piedad un chiquillo, aletea y sube y se derriba y torna a lanzarse y vuelve a caer y se desazona con mucho daño, así el alma de Teresa sufrió en ansias de liberación durante casi veinte años, hasta que un día se lanzó de firme, rompió toda atadura terrena y subió, subió tan alto, que nadie pudo seguirle y nada pudo retenerla.

Fué esto allá por el año de 1555. Ya antes de 1543, cuando, a raíz de la muerte de su padre, entró en conocimiento con el padre Barrón, el docto dominico había logrado poner nuevos bríos en la piedad de Teresa; pero la grande y definitiva liberación se operó este año. Cansada de la fatigosa lucha consigo misma, penetra un día en el oratorio, y allí, deshecha en

llanto, se arroja a los pies de una imagen de Cristo y exclama:

—“¡Señor mío, Dios mío, no me levantaré de aquí hasta que me hagáis esta merced!”

La merced era ésta: desasirse de todo, vaciar enteramente el corazón para que sólo Dios lo llenara. Y el Señor le concedió para siempre la merced que pedía.

Desde entonces la Santa se movió mucho aquí, en este mundo, y, por cierto, pisando muy firme; pero vivió por encima de todo horizonte, más allá del país azul donde sueñan las estrellas.

A partir de aquel momento comenzó para Teresa la época de las fulgurantes revelaciones, de las visiones temblorosas, que la introducen en el alto alcázar de lo divino por modo místico y triunfal.

Pero entonecs también, en los comienzos de esta nueva vida, padeció el asalto tremendo de congojas y dudas acerca de la naturaleza de aquellas manifestaciones. ¿Serán engaño de su propia imaginación? ¿Desvelaciones en vez de revelaciones?—como ella las llama alguna vez con donaire—. ¿Será el demonio? El demonio, sí; no ese pobre ser despedido y ridículo que pintan con rabo y cuernecillos, sino el auténtico demonio, el ángel bello, malo y triste. ¿Será, pues, el enemigo?—se preguntaba.

Consultó a sus confesores de entonces, y los unos por falta de luces, otros por exceso de prudencia, y otros, en fin, por temores de orden inferior, todos la escuchaban sobresaltados, y después de escucharla concluían: Esas visiones y hablas son cosa del enemigo, y hay que rechazarlas, hasta con escarnios.

Y la pobre Teresa, obediente por encima de todo, pero rota el alma, se esfuerza en vano por rechazar

a Jesucristo en sus apariciones, hasta que la verdad la inunda por tal manera que ya no duda.

—“*Fáltenme todos—exclama—. Levántense contra mí todos los letrados; mas si Vos no me faltáis, no os faltará yo.*”

—“*No hayas miedo—le dice el Señor—, yo soy, no te desampararé, no temas.*”

Para defenderla más de cerca, envía a la Santa maestros en doctrina y varones muy experimentados en alta oración, capaces todos de reconocer la verdad sin engaño, y capaces también de publicarla sin miedos. El padre Bañes, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja; después, San Luís Beltrán, el Maestro Avila; un gran número de doctores y santos, que entonces florecían en España, examinan meticulosamente los casos, con gran escrúpulo; pulsán por mil maneras el espíritu de la bendita Madre, y se rinden transidos de sagrada admiración.

—“¡Son gran cosa letras para dar luz en todo!”
—exclama la Santa. (*Camino, V.*)

Allí desde las alturas, donde segura ya respira ahora holgadamente, Santa Teresa contempla muy abajo, desvanecido en neblina, el pobre mundo éste, este “reino de la tierra armado en palillos”; considera con pena el afán mendigo de los hombres, esa “codicia de consolaciones de la vida” que los lleva “de un cabo a otro como maripositas de las noches, importunas y desasosegadas”, y suspira:

“¡Dichoso el corazón enamorado

que en sólo Dios ha puesto el pensamiento!”

Al fin, por caminos escarpados, había conquistado el “Castillo interior”, el místico alcázar de amor y de luz, y en el asalto sólo recibió la Santa una herida. Fué de esta manera:

En una aparición, y en otras sucesivas, vió a su lado izquierdo a un ángel que parecía un copo de hermosura y de fuego, y que llevaba en la mano un dardo de oro. Con la punta del dardo encendida, el ángel atravesó el corazón de la Santa y lo dejó llagado por tal modo que ni quería perder aquel magnífico padecer que le causaba, ni su alma deseó ya otra cosa que no fuera Dios.

En Alba, en un relicario, como en cáliz de cristal, se conserva aquel gran corazón que muestra aún su gran herida.



San Juan de la Cruz, escultura de Alonso Cano

III

“Si un día la perdiera
y por el mundo, errante, la buscara,
no sé en qué lengua hubiera
palabras justas para
decir cómo es de espíritu y de cara.

Buscándola, no había
de llamar a las puertas señoriales;
por las sendas iría
que enmarañan zarzales;
diría a los pastores y zagales:
“De la tez es trigueña;
su frente, luna clara en los sembrados;
trae como lugareña
de los labios colgados
los refranes del pueblo y sus dictados.”

Pasó desconocida
del próspero y feliz, los sinsabores
de los dolientes cuida;
y deja, en los alcores,
con palabras de sol, rastro de flores }
¿La han visto?...
De ella aprende
claridad y despejo la mañana;
con voz tranquila enciende,
con fiebre de amor sana,
;respira paz de aldea castellana!...”

— MARQUINA, *Estampas carmelitas*, IV.

Por los caminos

(1560-1582)

Después de su entrega total al Señor, había alcanzado Teresa el alto reposo, la paz de su espíritu, pero la esperaban aún otras luchas. No las temía ya, y, en realidad, no le asustaron nunca. Los negocios del alma—como escribía a su hermano por estas fechas—hay que hacerlos “con hervor, que perezca, como así es, que siempre estamos en guerra”.

La guerra iba a estallar muy pronto contra la Santa, y con empuje violento.

Desde que se había visto favorecida en su alma tan prodigiosamente, Teresa no hallaba modo digno de corresponder a la munificencia del Señor. Sin embargo, algo, todavía impreciso, se iba condensando en su corazón, y lo desasosegaba en ansias de realizar una empresa de amor por Jesús. En el monasterio de la Encarnación había monjas de extremada virtud, pero la observancia general había sido mitigada con blanda generosidad por diferentes concesiones papales; las religiosas no guardaban clausura, “la casa era grande y deleitosa”, la pobreza no se mostraba exigente; el rigor de la vida conventual suavizaba complaciente su gesto austero, y todo aquello parecía a la Santa “mucho regalo”.

Desde luego, lo primero de todo era observar con fiel justeza la Regla, tal como gobernaba en el convento; pero, ¿nada más? ¿No exigía de ella otra cosa aquel amor urgente de Cristo que, después de haberla sitiado tanto tiempo, la invadía ahora triunfalmente? Algo más, sí, mucho más exigía de ella el Señor, y pronto iba a conocerlo.

Sucedió por entonces, allá en el mes de enero del año 1560, que, hallándose Santa Teresa con varias religiosas y una sobrina suya, María de Ocampo, gentil muchacha, que después se hizo monja, entre las hijas de la Santa, la conversación vino a recaer sobre los Padres del Yermo. Entonces algunas de las presentes se vuelven hacia la madre Teresa: ¿Por qué no irse a vivir a un convento pequeño y de pocas monjas, ya que no pueden retirarse al yermo?

Santa Teresa sonríe: "Por de pronto, lo mejor de todo era que cada una tratase de reformar su propia vida para ajustarla lo más posible al rigor primitivo de la Regla."

Pero María apremia a la Santa: "Madre, haga un monasterio como decimos, que yo le ayudaré con mi legítima."

No hubo tiempo de responder a esta demanda. En aquellos momentos penetraba en el locutorio una dama de condición, muy amiga de la madre Teresa: doña Guiomar de Ulloa. La Santa le refiere la conversación que venían tejiendo, y al llegar a contar el ofrecimiento que hacía María Bautista, doña Guiomar se pone de su parte: "Hágalo, madre; yo también ayudaré en lo que pudiere a esta obra tan santa."

De momento, las cosas quedaron así; pero días después, mientras la Santa se hallaba en subida oración, el Señor le ordena con apremios emprender la fun-

ñación del nuevo monasterio de reforma. Por un instante, desfallece Teresa ante la consideración de los grandes trabajos e inquietudes que le han de salir al encuentro; pero, no importa: Dios lo quiere. Se arma entonces de mucho amor, cierra el corazón a toda insinuación de plácidos egoísmos, y se lanza determinadamente a la empresa.

Su confesor, el padre Baltasar Alvarez, no se atreve a contradecir con resolución lo que parece ser voluntad divina; pero, como era natural, la previene de que contara, ante todo, con el permiso de sus superiores. Doña Guiomar se encarga de esto. Ella visita al Provincial, le comunica sus deseos de fundar y dotar un monasterio de reforma, y obtiene su consentimiento.

Parece, pues, que ya está todo arreglado: se cuenta con el permiso que era indispensable; doña Guiomar, viuda y sin obligaciones, dotará el nuevo convento; vocaciones no han de faltar, ¿qué falta ya? En realidad faltaba todo esto.

Algunas de aquellas religiosas, tan seducidas por el yermo cuando lo contemplaban a distancia, ahora, visto de cerca, les parecía que no valía la pena irse tan lejos; Santa Teresa y doña Guiomar trataban menudamente la manera de arreglar lo de la dotación; pero se advirtió pronto que no tenía arreglo fácil; lo más fácil, el que enamoró a la Santa, fué el fundar el monasterio en entera y confiada pobreza; en cuanto al Provincial, aquello sí que, al parecer, no tenía modo de arreglo. El Provincial, alarmado por el alboroto que se había levantado en toda la ciudad y en el convento, retiró su permiso y prohibió a la Santa que se ocupara de aquel negocio.

En la Encarnación, casi todas las monjas, dolidas, y creyéndose afrentadas, llenaban los claustros con ru-

mor de colmena, cuando el enjambre está desazonado. El ruido de esta aventura se propagó fuera del convento, y en todas partes se hablaba, y, por cierto, con poca piedad, de la madre Teresa; hasta en los sermones. La noticia había roto en la ciudad el cristal de su calma cotidiana.

A pesar de todo, Santa Teresa no perdía la paz de su corazón; parecía como si toda aquella batalla no fuera contra ella. Había podido sonreír con bondadosa placidez mientras escuchaba un sermón, en el que el predicador arremetía con intrépido desenfado contra las monjas que querían “fundar monasterios para sus libertades”; había oído de sus hermanas de la Encarnación palabras muy dañosas; pero el Señor le había dicho otras cosas, y en éstas fiaba. Cuando el cansancio y la pena estaban a punto de adueñarse de su espíritu, la Santa se refugiaba en la oración, y se ponía a escuchar:

“Nada te turbe... Dios no se muda... Todo se pasa..., sólo Dios basta...”

Mientras tanto, después de recibir la aprobación y los consejos de muy doctos y santo varones, Santa Teresa, sin salirse de los límites en que la tenía sujeta el mandato de su superior, logró que la empresa siguiera adelante, llevada en persona por doña Guiomar y por una hermana de la Santa, doña Juana. Se pidió a Roma el permiso que negaba el Provincial; se compró una casita, pequeña y pobre, y las obras empezaron para transformar la casa en conventico.

Por unos meses, Santa Teresa tuvo que perder de vista la obra comenzada. Su Provincial, a requerimientos de doña Luisa de la Cerda, gran admiradora de la Santa Madre, le ordenó que fuera a Toledo, para consolar con su presencia y sus palabras a la virtuosa

señora, que padecía entonces una gran aflicción. Durante su estancia en el palacio de doña Luisa, rendida muy apretadamente por la obediencia, la Santa escribió gran parte del libro de su propia *Vida*.

Al cabo de unos seis meses, a principios de julio de 1562, salió la Santa Madre de Toledo, camino de Avila, y con tan feliz fortuna, que al llegar se encontró con el "breve" de Roma que autorizaba la fundación del monasterio.

Sólo faltaba ya que el Obispo, don Alvaro de Mendoza, gran amigo después de la Santa, se decidiese a recibir el nuevo convento bajo su jurisdicción. Algún trabajo costó el conseguirlo, pues temía la dura oposición de la ciudad y de los carmelitas calzados; pero la intervención de San Pedro de Alcántara y las instancias de un caballero de prestigio, don Francisco Salcedo, obtuvieron por fin el consentimiento del Prelado.

Como lo hará más tarde en las páginas de un libro el famoso caballero de la Mancha, Teresa podía ya emprender su tercera salida, que había de llevarla en largas aventuras por los caminos del Señor. Y esta vez también, para que el vecindario no se alterase, abandonó "con gran secreto", dice ella, el monasterio de la Encarnación, su hogar religioso desde hacía casi treinta años.

Y así, el 24 de agosto de aquel año 1562, se inauguró, bajo la advocación de "San José", el nuevo monasterio que todos los primeros biógrafos de la Santa comparan al portal de Belén.

Y eso era, en efecto, un chico portal: Junto a la portería, una sencilla reja de madera; muy próximo a la reja, el altar, donde se había entronizado el Santísimo Sacramento, y al lado izquierdo del altar, "otra reja de palo", que separaba el coro de las monjas.

Todo esto muy simple, muy recogido en su pequeñez, de manera que apenas cabía dar unos pasos en aquel recinto. Pero tan reducido en amada pobreza, tan apretadico junto al Sacramento, que era un puro gozo: *"Fué para mí como estar en una gloria"*, exclama la Santa.

Celebró la misa primera en ese día el maestro Daza, y, por delegación del Obispo, dió también el hábito a las cuatro primeras religiosas de la Reforma carmelitana.

Mientras esto pasaba en el nuevo convento, por toda la ciudad corría la noticia de la nueva fundación; y como ésta se hacía en total pobreza, las autoridades y el vecindario se alarmaron y quisieron impedir que siguiera adelante aquella novedad. En la Encarnación, las monjas se decían escandalizadas del atrevimiento de la madre Teresa; y en realidad eran ellas quienes escandalizaban con sus voces y anatemas.

La santa Madre estaba muy cansada. Había pasado casi toda la noche en vela; había trabajado mucho aquella mañana, y ahora, después de comer, pensaba descansar un ratito. Se disponía a ello, cuando un aviso urgente de su Priora la obligó a presentarse en la Encarnación. También fué avisado el Provincial. Entonces, reunida la Comunidad en capítulo, la Santa fué duramente reprendida por haber puesto mano en la nueva fundación. Humilde y sin disculparse en público, aceptó todos los cargos que se le hacían; luego, en particular, habló con el superior; "le hablé más claro", dice. Y de tal modo supo hablarle, que el Provincial le prometió darle licencia para morar en San José tan pronto como se apaciguase la ciudad.

Entre tanto, en el nuevo convento quedaban sin maestra que las guiara las cuatro novicias. Pero te-

nian ya una forma de vida trazada por la Santa, aunque sólo fuera en esquema; y para convocarlas a los actos regulares establecidos por Santa Teresa, y como simbolo de regularidad de vida, les había dejado la Madre una campanita.

Marquina, en sus *Estampas*, pone en boca de Santa Teresa, y a propósito de la campanita esta, unas palabras en las que parece que resuena la voz precisa y urgente, la voz alegre de la Madre:

“Muchas bendiciones hoy,
muchos gritos porque vamos
a reformar... y aún estoy
sin campana si fundamos.
¿Se acuerdan del mercader
que nos quería vender
por su peso una de plata?...
Voy a escribirle y a ver
si nos la deja barata.”

No debió llegar a un arreglo con aquel mercader, porque la campana que dejó la Madre, y que aún se conserva, no es de plata, sino una pobre esquila con defectuosa fundición.

Meses después, el Provincial cumplió su promesa y dejó que Santa Teresa pasara definitivamente al convento de San José. Desde ese día, la Santa se aplicó a inspirar en el ánimo de sus hijas un aliento superior, un afán agudo de vida perfecta, y logró dichosamente enseñarlas a volar: “Solas con El solo”, fué la divisa que les dió. (*Vida*, XXXVI.)

Ya asentada en su convento, abandonó su antiguo nombre, y es desde entonces Teresa de Jesús.

Casi cinco años disfrutó Santa Teresa de aquella quietud de gloria. Fueron, según declara ella misma,

los años más tranquilos de su vida. Durante ellos compuso el *Camino de Perfección*, y concluyó de escribir su *Vida*; pero la dulce paz que allí gozaba está en riesgo. Era su destino recoger lumbre en las alturas de la contemplación, y sembrar de brasas la tierra. Y así, deseosa de propagar su Reforma, y alentada esta vez por el mismo General de la Orden, el padre Rubeo, que había venido por entonces a España, la Santa prosigue, y con ritmo acelerado, su obra de fundadora.

La primera fundación, después de la de Avila, fué Medina del Campo. Trazado ya todo y obtenida la casa que había de transformarse en convento, el 14 de agosto del año 1567, a media noche, para evitar curiosidades y molestias, Santa Teresa se presenta con su acompañamiento ante el convento de los carmelitas de Medina. Despiertan a la comunidad a fuerza de golpes en la puerta, y entonces—dice uno de los testigos presenciales—“como llegó la nuestra Madre, y en estas cosas era tan determinada, tomamos aderezos de altar para decir misa, y sin más pararnos vamos a pie las monjas y los clérigos y el Prior y otros dos o tres frailes; y fuímonos por defuera del lugar, porque era aquella hora el encerrar los toros que a la mañana se habían de correr; y todos íbamos cargados, que parecíamos gitanos que habíamos robado alguna iglesia; que, cierto, a toparnos la justicia, estaba obligada a llevarnos a todos a la cárcel... Quiso Dios que, aunque topamos gente, como no fué la justicia, nos dejaban pasar con decir algunas palabras, cuales se suelen decir de tal gente y a tal hora. Nosotros no osábamos chistar, y alargábamos el paso, y dejábamos decir lo que querían...” Aún no había amanecido, y ya estaban terminando el arreglo de la casa para decir misa, y

habían hecho levantarse y acudir a un notario para que diera fe de haberse erigido el nuevo convento.

Cuando a la mañana, mañana de gran fiesta, día de la Asunción de Nuestra Señora, día de holgorio y corrida de toros, el vecindario oyó tocar allí la campana *que parece se deshacía tañendo*, y contempló la casa aquella convertida en convento como por ensalmo, se hacían cruces: —¡Esta Madre Teresa, la de Avila!

De Medina, a los pocos meses, partió para Alcalá de Henares, aunque allí no fundó. A su paso por Madrid, como muchas damas acudieran a visitarla con deseo de maravillarse, la Santa, modesta en su humildad, se hurtó a la admiración, esquivando las preguntas con esta frase: “¡Qué hermosas calles tiene Madrid!”

En mayo de 1568 fundaba un monasterio en Málaga; el 2 de junio estaba ya otra vez en Avila, y el 28 del mismo salía para Duruelo.

Era ésta de Duruelo la primera fundación para varones de la Reforma. Hallándose en Medina, había conocido allí a dos carmelitas calzados, los padres Antonio Heredia y Juan de la Cruz, entonces muy joven, a los que persuadió para que abrazasen la Reforma carmelitana. Para fundar su primer convento se dirigía ahora a la mísera aldea abulense de Duruelo.

Rápidamente lo hizo, pues el 15 de agosto dejaba erigida en Valladolid otra fundación de monjas.

El año 1569 fué también para la Santa muy movido en viajes: en febrero sale de Valladolid, se encamina a Medina, Duruelo y Avila; de allí a Madrid, y el 24 de marzo llega a Toledo. Muchos trabajos y dificultades tuvo que soportar y vencer hasta lograr ver realizada esta fundación, una de las que más árduas se presentaron a la Madre. A vista de los bríos y tacto muestra-

dos por Santa Teresa en esta ocasión, un testigo presencial exclamaba: —“*Es muy gran mujer de tejas abajo la Madre Teresa de Jesús; y mucho mayor de las tejas arriba*”.

Allí en Toledo, mientras trataba lo de la fundación, sucedió que, hallándose la Santa en cierta iglesia, una mujer vino a perder un chapín, y como no lo encontrara, pensó que se lo había hurtado la Madre Teresa, que estaba toda cubierta con un manto. Irritada la vieja, se lanza sobre la Madre, se quita del pie el otro chapín y comienza a golpearle braviamente en la cabeza. Santa Teresa, que se encontraba muy delicada entonces, no protestó, pero luego decía: —“*Dios se lo pague a aquella buena mujer, que harto mala me tenía ya mi cabeza*”.

De Toledo, en el mismo mes de mayo, y llamada por la princesa de Eboei, marchó a fundar en Pastrana dos monasterios, uno de monjas y otro de frailes. La fundación se realizó, pero el convento de monjas se deshizo cuando al morir el príncipe, en 1573, trazó “*el demonio que, con la acelerada pasión de la muerte de su esposo*”, se entrara la princesa de monja en el convento.

Hechas las fundaciones de Pastrana, Santa Teresa regresa a Toledo y allí permanece todo un año, salvo breves ausencias que la llevan a Medina, Alba de Tormes y otra vez a Pastrana. En agosto del 1570 vuelve a su convento de San José de Avila, desde donde prepara la fundación de Salamanca.

Cuando la Santa y la monja que le acompañaba llegaron a Salamanca, se encontraron con que los estudiantes que ocupaban la casa adquirida para convento no se avenían a dejarla. Por fin pudo obtenerse que la abandonaran, y entraron en su posesión Santa Teresa

y la Hermana. Era el día de Todos los Santos. Al anoche-
cer, las campanas doblan a muerto, anunciando la
conmemoración de los fieles difuntos para el día si-
guiente. Y he aquí ahora cómo la Santa Madre nos
cuenta la primera noche que pasó en aquella casona
"grande y desbaratada".

"A mi compañera no había quitársele del pensa-
miento los estudiantes, pareciéndole que, como se ha-
bían enojado tanto de que salieron de la casa, que
alguno se había escondido en ella... Encerrámonos en
una pieza donde estaba la paja, que era lo primero
que yo proveía para fundar, porque, teniéndola, no
nos faltaba cama. En ella dormimos esa noche con
unas dos mantas que nos prestaron..."

"Como mi compañera se vió encerrada, parece se
sosegó algo cuanto a lo de los estudiantes, aunque
no hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con
temores... Yo la dije que "qué miraba, que allí no
podía entrar nadie". Díjome:

"Madre: estoy pensando, si ahora me muriese yo
aquí, ¿qué haríades vos sola?"

"Aquello si fuera, me parecía recia cosa; hízome
pensar un poco en ello, y aun haber miedo..., y como
el doblar de la campana ayudaba, que era noche de
las ánimas, buen principio llevaba el demonio para
hacernos perder el tiempo en niñerías... Yo la dije:

"Hermana, de que eso sea, pensaré lo que
he de hacer; ahora déjeme dormir." (*Fundacio-
nes*, XIX.)

Concluída la fundación de Salamanca, se dirige a
Alba de Tormes, donde establece otro monasterio en
enero del año 1571. Y en agosto del mismo es nombra-
da Priora del convento de Medina del Campo. Allí es-
taba muy gozosa del reposo que había ganado, cuando

allá por el mes de octubre los superiores la designan para regir su antiguo monasterio de la Encarnación.

Gran tempestad se levantó con esto entre las monjas no reformadas, pero la Santa, con bondad y tacto, con mucha paciencia y un talento admirable, se ganó la voluntad de todas y logró restablecer la disciplina. Allí permaneció en descanso de viajes, todo el año 1572, hasta que en el verano del siguiente emprende de nuevo sus caminatas, llevada por las necesidades de los nuevos conventos o por la idea de hacer nuevas fundaciones.

No podemos seguirla aquí por tantos y tan largos caminos. Señalaremos sólo los que tienen por objeto realizar alguna fundación.

En 1574 se hace la de Segovia, y al siguiente, 1575, emprende la Santa su viaje hacia Andalucía.

La habían llamado desde Veas, Jaén, para fundar un monasterio, y la Santa Madre, sin pensar en sus achaques ni en los riesgos y trabajos de tan larga caminata, dispone un carro, escoge sus monjas y, valientemente, el 12 de enero, sale de Valladolid para Toledo y Malagón, y de allí hacia Andalucía. Al atravesar Sierra Morena estuvieron a punto de despeñarse. Los arrieros, extraviados, fuera ya de senda y entre peñascales, conducían el carro hacia un profundo barranco, sin saberlo, hasta que una voz gritó:

“¡Parad, que si andáis caéis en un precipicio!”

Y así pudieron comprobarlo en seguida; pero no pudieron descubrir al que tan a punto les había salvado. La Santa sonreía y pensaba en el bendito San José.

Por fin llegaron a Veas, sin más contratiempo, y dejó erigido el nuevo convento de la Reforma.

Hallándose aún en Veas se presentó a la Madre el padre Jerónimo Gracián, Provincial entonces de An-

dalucía para los Carmelitas calzados y descalzos. Fué luego, con San Juan de la Cruz, el gran confidente de la Santa, y uno de los hombres más interesantes de su tiempo por sus virtudes y ciencia y por su prodigiosa vida, llena de azares y trabajos. El padre Gracián la impuso el ir a fundar a Sevilla, y Santa Teresa, aunque no se inclinaba a ello, se prestó prontamente a lo que le señalaba la obediencia.

En su carro entoldado, cubiertas con las blancas capas y el velo sobre el rostro, las monjas que acompañaban a Santa Teresa hacían del carro un conventillo ambulante: A sus horas, el rezo; también a sus tiempos, y a son de una campanita, la refección, el recreo, el silencio...

Pero aquí, en Andalucía, era más penoso todo esto. La Santa se sentía enferma, trabajada con fuertes dolores y con fiebre; y luego... el sol: "*Habéis de mirar—dice a sus hijas—que no es como el de Castilla, sino muy más inoportuno*". (Fundaciones, XXIV.)

En el camino a Sevilla, postrada por la fiebre, tuvieron que acostar a la Santa en una camarilla a teja vana que había libre en una venta. —"*Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta y de otras tan baja que no sabía cómo estar... ¡Qué cosa es la enfermedad!, que con salud todo es fácil de sufrir. En fin, tuve por mejor levantarme, y que nos fuésemos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo que no aquella camarilla*".

Todo fueron riesgos y aventuras en aquel viaje. Al pasar el Guadalquivir, se aflojó la maroma que tiraba de la balsa donde iba el carro con las monjas; la corriente hacía fuerza, y con tanta porfia, que los hombres de la maroma no bastaban a retener la balsa,

hasta que, al fin, las mismas aguas la dejaron sobre un banco de arena.

Cuando se acercaban ya a Córdoba, aceleraron la marcha con objeto de entrar muy de mañana y poder oír misa a solas, sin estorbo, pues era domingo, Pascua del Espíritu Santo, y temían la aglomeración de los fieles. Llegaron, sí, temprano, pero no contaban con que para pasar los carros el puente era preciso un permiso del corregidor. Dos horas estuvieron esperando; vino el permiso; arrancaron los carros, pero... tampoco pasan: la puerta del puente es estrecha para esos enormes carros castellanos. Otra vez a esperar mientras se ocupaban los arrieros "en aserrarlos u no se qué"—dice la Santa—. Por fin, pueden pasar el dichoso puente que tal recuerdo dejó en Santa Teresa; se dirigen a la iglesia y... lo que la Madre temía: una apretura enorme de fieles.

"Apeámonos cerca de la iglesia—cuenta ella misma—, que aunque no nos podía ver nadie los rostros, "porque siempre llevábamos delante de ellos velos "grandes, bastaba vernos con ellos y capas blancas, de "sayal y alpargatas, para alterar a todos; y así lo "fué. Aquel sobresalto me debía quitar la calentura "del todo... El alboroto de la gente era como si entraran toros. Así no vi la hora de salir de allí, y aunque no había lugar para pasar la siesta cerca, tuvimosla debajo de una puente." (*Fundaciones*, XXIV.)

Al llegar a Sevilla, nuevas contradicciones y trabajos esperaban a la Santa hasta lograr, el 29 de mayo, abrir el nuevo monasterio; pero otros muchos sinsabores le había de costar, por algún tiempo, la fundación sevillana.

Finaba ya el año cuando envió a sus monjas a fundar a Caravaca, donde quedó erigido un nuevo con-

vento en enero de 1576. Año triste para la Santa Madre, pues en él comenzó contra ella una rencorosa persecución que se prolongó varios años.

Graves acusaciones y calumnias habían sido lanzadas contra la Santa y su obra, con intención de cortar los vuelos de la Reforma. Un Capítulo, manejado por sus enemigos, obligó a Santa Teresa a dejar todo intento de fundación y a recluirse en un convento, el que ella eligiera. Eligió el de Toledo, y el 4 de junio salía de Sevilla para su nueva residencia, donde permaneció casi cuatro años—los años de la persecución—, salvo raros viajes autorizados muy escrupulosamente.

No perdió su tiempo en Toledo. Desde allí dirigía, por medio de muy copiosa correspondencia, los asuntos de la Reforma y los de las casas fundadas. Su actividad, su cariño, su buen sentido, llegaban a todo, aun a los asuntos más livianos; nada se le escapaba: “que si la casa de allá es fresca; que si es mejor que usen lino o que usen lana; que si el agua de Loja conserva sus virtudes llevadas a distancia; que no envíen pescado, que es cosa de burla, pues resulta a gran costa; que si no sabe cómo hacer poner la boca a su sobrinica, que se ríe mucho, pero muy fríamente, tiene fría la sonrisa, aunque es graciosa; que le envíen buenas plumas, bien cortadas...”

Y todo esto mientras en las mismas cartas despachaba, con grave preocupación, los negocios más áridos y penosos para su espíritu de Madre.

Tampoco su corazón perdió nunca aquel reinar en paz que tanto pasmaba en ella. En su alma inmensa sólo había indulgencia y amor. Conoce a los hombres, previene sus artes y las descubre; pero siempre en frases leves, sin despecho, sin hiel. Se trata, por ejemplo, de cierto negocio que podía tener en Roma fácil so-

lución, pero teme que se han adelantado los contrarios, y lo indica con gracia: "*Dar el Papa licencia, no lo creo, que le tendrán tomados los puertos.*"

Conoce también—¡cómo no!—a las mujeres, y sabe que aun las mejores ofrecen por alguna parte de su espíritu una frontera ante las exigencias de la perfección. Se trata en este caso ejemplar de admitir ciertas novicias algo defectuosas, y escribe la Santa para que las admitan "*aunque tengan algún achaque, que no se halla mujer sin él.*"

Pero donde más se admira la magnificencia de su gran caridad es cuando habla de sus perseguidores y de las calumnias que la infamaban: "*Lindas hazañas*", "*cosas de mala digestión*", cuentos "*que bastan para entontecer*", son las frases con que califica las atroces enormidades que habían levantado contra ella. Y es que en sus labios tienen alma y sentido, en toda su plenitud, las palabras que le hace pronunciar Marquina:

.....
tan sólo el alma es capaz
de hacer estos dos milagros
que sobre la tierra están,
¡sacrificarse por otros
y devolver bien por mal!

Pero un alma como la suya. Un alma capaz, no sólo de padecer y perdonar, sino también capaz de conservar su alegría en el dolor.

Allí mismo, en Toledo, acosada de sinsabores, los supera con humor alegre. Llega Navidad, escribe a su hermano Lorenzo, y por cierto sobre asuntos graves, pero al final da salida a su contento suave y le pide unos villancicos, y le envía ella aquel que había compuesto años atrás:

"¡Oh, hermosura excedéis
"a todas las hermosuras!
"Sin herir, dolor hacéis,
"y sin dolor deshacéis
"el amor de las criaturas."

Pero después de la tercera estrofa no recuerda ya cómo seguía: —"*No se me acuerda más. ¡Qué seso de fundadora!*—exclama con gracioso desenfado—. *Dios le perdone, que me hace gastar tiempo*".

Por entonces también escribe a la madre María de San José, Priora del convento de Sevilla, que buenos disgustos le estaba costando, y como la Priora sevillana hubiera remitido abierta para entregar a cierto Padre una carta con alguna frase latina muy bien colocada, con primor y todo, la Santa, al contestar a la madre María de San José le da con gracia y suavemente en los nudillos:

"Antes que se me olvide: muy buena venía la carta
"al P. Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre a
"todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más
"le acaezca, ni lo consienta (como Priora). Harto más
"quiero que presuman de simples, que es de muy san-
"tas, que no tan retóricas."

Ni el tiempo, ni la paz, ni el buen humor perdió la santa Madre en su reclusión de Toledo. Pero tampoco perdió su alma la agilidad y ansias que siempre tuvo para subir hasta Dios. De los dos libros que escribió en aquel monasterio, uno, el de "*Las Fundaciones*", nos habla de sus trabajos aquí en la tierra; el otro, el libro imponderable de "*Las Moradas*", nos la muestra lanzándose a la altura, y la vista la sigue un instante; pero después se remonta tan alto, tan alto, que ya no la vemos.

Años plenos fueron aquellos de Toledo para la San-

ta y para nosotros. Sin el providencial retiro que la apartó de los trabajos de las fundaciones, probablemente no tendríamos hoy la dicha de esos dos libros, que son un aliento y una luz para el camino en sombras.

Pero el destierro había cumplido ya su alta función providente, y entonces el Señor abrió las puertas. Cesó la persecución, después de casi cuatro años; se alzó el confinamiento de la Santa, y en la primavera del año 1579 salía de Toledo para Avila. Comienza otra vez la época de viajes frecuentes, se reanuda la obra de las fundaciones; pero por poco tiempo.

En febrero de 1580 funda el monasterio de Villanueva de Jara. En diciembre se dirige a Palencia con el mismo objeto, y vence la decidida oposición del corregidor: —“Hágase—exclama éste, por fin—, *pues tiene la Madre Teresa en su seno no sé qué edicto de Dios que nos obliga a hacer lo que ella quiere aunque nosotros no queramos*”.

El año 1581 hace personalmente la fundación de Soria, y en el siguiente emprende la fundación fatal, la última que hizo.

En el rigor del invierno, el 2 de enero de 1582, partió de Avila la Santa Madre con dirección a Burgos: “*el tiempo era recio, y yo tan vieja y enferma... Agotada por las penalidades del camino, en el que los carros se atascaban en lodo; temblando de fiebre, llegaron a pasar un río fuera de madre: “un mundo de agua”, dice la Santa. Entonces ella, sin vacilar, se lanza la primera con su carro, y aunque sintió temor por un instante, aquello era una de tantas peripecias que no le disgustaban. Al contrario, en esta ocasión se duele de que por causa del mal que le aquejaba*

no pudo "gozar tanto del gusto de los sucesos de este camino". (*Fundaciones*, XXXI.)

En Burgos realizó la fundación, no sin graves contradicciones; pero en septiembre del mismo año, después de dejar bien asentada la nueva casa, se hallaba ya en Valladolid, camino de Avila, y escribía por entonces a sus monjas de Toledo: "*De mi ida ahora por allá no sé cómo pueda ser, porque se espantarian de los trabajos que por acá tengo y negocios que me matan.*"

Sin embargo, pensaba aun dirigirse a Salamanca, luego de pasar unos días en Medina y en Avila, porque la compra de la casa de Salamanca traía algo *arrebujadas* a las monjas. Pero no pudo hacerlo. Obligada a encaminarse al convento de Alba de Tormes, cedió a la obediencia, y partió de Medina en estado de gran postración, herida ya del mal de la muerte y sin llevar provisiones ni defensas para las penalidades del camino.

En todo este día de la partida—dice la venerable Ana de S. Bartolomé, su compañera—no pude hallar ninguna cosa para darla de comer. Y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer... Yo di cuatro reales que me buscasen dos güevos costasen lo que costasen. Cuando vi que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvían, no podía mirar a la Santa sin llorar, que tenía el rostro medio muerto... No hacía sino llorar de verme en tal aprieto, que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirle.

Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: —"No llores, hija; esto quiere Dios agora."

Sí; eso quería Dios. Y algo más también.

Cuando el 20 de septiembre, a las seis de la tarde,

llegaron a Alba, las monjas, al ver a la Santa tan postrada, hicieron que se acostase. —“*Válgame Dios, y qué cansada me siento. Ha más de veinte años que nunca me acosté tan temprano*”—decía la Madre mientras se acostaba.

Días después, tras varias alternativas, se vió obligada a guardar cama, y ya no volvió a levantarse.



**La transverberación de Santa Teresa
(escultura de Bernini)**

IV

.....
y cuando el alma beata,
rompiendo el aire de plata,
busca su centro en la altura,
;morimos con la soltura
de un lazo que se desata!

MARQUINA, *Estampas I.*

Más allá de todo camino

(Octubre 1582)

Años atrás, hallándose en el convento de Salamanca, el domingo de Pascua de Resurrección, como oye-
ra cantar a una novicia esta letrilla:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego,

se apoderó de ella un tal arrobo que tuvieron que lle-
varla "en peso" a la celda. Al día siguiente, transida
aún de la impresión de la víspera la Santa, en su
aposento, penaba de amor y escribía:

"Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero
¡Ay, qué larga es esta vida,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;

no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte,
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero."

Era llegado ya el momento en que el Señor iba a ceder a esta demanda. La noche del 3 de octubre recibía el Santo Viático y la Extremaunción. Ella misma ayudó al rezo de los salmos. Después, toda la noche, aunque aquejada por los sufrimientos, la pasó en oración y repetía: *Ne projicias me a facie tua*: "No me apartes, Señor, de tu presencia".

Al día siguiente era la festividad de San Francisco, que se celebra el 4; pero como precisamente entonces comenzó la reforma del calendario, se contó el año aquel como 15 de octubre.

Y en ese día, por la mañana, a las siete, la Madre cambió de postura; se echó de lado. Tenía en las manos un Crucifijo, y lo contemplaba sin cesar, el rostro sonriente, y moviendo los labios como si escuchara místicas voces y conversara. El día entero lo pasó en esa postura, sin moverse.

A las ocho de la noche invadió la estancia una luz, un aroma... Acababan de llamar a la Santa y había partido.

Tenía en las manos el Crucifijo, y sus labios sonreían:

"Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno..."

FIN DE LA VIDA DE SANTA TERESA

Cómo escribía Santa Teresa

Damos a continuación algunas muestras del estilo incomparable de Santa Teresa de Jesús. Están tomadas del "Libro de su Vida", donde la Santa, con extraordinaria sencillez y humildad, habla de sí. Hemos escogido el fragmento donde da razón de su familia, el muy notable donde cuenta la visión que tuvo del infierno y, finalmente, la narración de una de sus innumerables fundaciones.

HABLA DE SUS PADRES Y

DE SU HOGAR

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y ansí los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis u siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad, y estando una

vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piadad. Era de gran verdad; jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre. Y antes que comenzase a ofender a Dios parece tenía alguna razón, porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad. Juntábamonos entramos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como vía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el

Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamnos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que vi que era imposible ir adonde me mataren por Dios, ordenábamnos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas, puniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y ansí no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monesterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé.

¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a Vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habiades de morar? Fátigame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no vía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré.

EXPLICA UNA VISION QUE

TUVO DEL INFIERNO

Después de mucho tiempo que el Señor me había necho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas, aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro y angosto; el suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabbandijas malas en él; a el cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena,

adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

Estotro me parece que aun principio de encarecerse como es no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomportables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados de el demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación de el agonizar de el alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflección tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aun parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No vía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar a lo que me parece; y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que, con no

haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. Porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma, ni que los demonios atezan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa. En fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor aquí adonde estoy. Y así no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parezca nonada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece, en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así, torno a decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias a el Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un memento que se haya de sufrir

lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender las penas de el infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? ¿Cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaaba ir a tan mal lugar? Seáis bendito, Dios mío, por siempre. Y ¿cómo se ha parecido que me queriades Vos mucho más a mí que yo me quiero! ¿Qué de veces, Señor, me librástes de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad!

De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia, y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que si vemos acá una persona que bien queremos, en especial, con un gran trabajo u dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros. Pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión; estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

CUENTA UNA DE SUS FUNDACIONES

Partida ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino, determinándome a pasar todo lo que el Señor fuese servido muy con toda voluntad. La

noche mesma que llegué a esta tierra, llega nuestro despacho para el monesterio y Breve de Roma, que yo me espanté y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor a la venida, cuando supieron la gran necesidad que había de ello y a la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí al Obispo, y al santo fray Pedro de Alcántara, y a otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona adonde los siervos de Dios hallaban espaldas y cabida.

Entramos a dos acabaron con el Obispo admitiese el monesterio; que no fué poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas que vía así determinadas a servir a el Señor, que luego se aficionó a favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera a esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre, que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo, y desde a muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado Su Majestad hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser así, no se pudiera hacer nada según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor que estuviese malo un cuñado mío, y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba de sospecharse algo, mas aun no lo creían. Fué cosa para espantar, que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y en siendo me-

nester tuviese salud para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor, que él estaba maravillado.

Pasé hartó trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa a mucha priesa para que tuviese forma de monesterio, que faltaba mucho de acabarse. Y la mi compañera no estaba aquí, que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular, y yo vía que iba el todo en la brevedad por muchas causas; y la una era porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz que yo había entendido de el Señor había de pasar.

Pues todo concertado, fué el Señor servido que, día de San Bartolomé, tomaron hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento, y con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monesterio de el gloriosísimo Padre nuestro San Josef, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma, que acertaron a estar fuera. Como en ésta, que se hizo el monesterio, era la que estaba mi cuñado, que, como he dicho, la había él comprado por disimular mejor el negocio, con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados para no ir un punto contra obediencia. Y como vían ser muy síssimo Padre nuestro San Josef, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma, que acertaron a estar fuera. Como en ésta, que se hizo el monesterio, era la que estaba mi cuñado, que, como he dicho, la había él comprado por disimular mejor

el negocio, con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados para no ir un punto contra obediencia. Y como vían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que, aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis prelados, me decían lo podía hacer; porque por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monesterios me parece dejara, cuanti más uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio de el Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego y paz.

Pues fué para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres, porque no se tomaban con dote, y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió a el principio, que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento para en que se pudiese el intento que llevábamos, de mucha perfección y oración, efectuar, y hecha una obra que tenía entendido era pa servicio de el Señor y honra de el hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ansias. Y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra ilesia más en este lugar, de mi Padre glorioso San Josef, que no la había. No porque a mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía ni parece; siempre entiendo lo hacía el Señor. Y lo que era de mi parte iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar que no me agradecer; mas érame gran regalo ver que hubiese Su Majestad tomádome por instrumento siendo tan ruin para tan gran obra.

A M A R Q U I N A

Por su "Teresa de Jesús" en el
día de su estreno en Avila

Tengo gran pena, señor,
porque no abrigo esperanza
de decir una alabanza
que pueda daros honor.
¡Habréis escuchado tales
en premio de vuestra obra,
que podéis con lo que os sobra
hacer a otros inmortales!
Pero debéis entender
que el corazón de esta tierra
santa, la virtud encierra
de saber agradecer,
y así, si mi lengua atina
a deciros su sentir,
por ella os he de decir
¡mil gracias, señor Marquina!
Escuche, escuche este grito,
que en su alma grabe y lleve,
entre sus copos de nieve
y en sus piedras de granito.
Gracias escribe en el viento
de la campana el tañido,
en sonido convertido



Eduardo Marquina, autor de "Teresa de Jesús" (estampas carmelitanas), drama histórico-religioso sancionado por todos los públicos de España y la crítica como obra maestra de la literatura nacional

todo el amor del convento;
gracias dicen los senderos
por donde pasó la Santa,
que sagrados por su planta,
ruta son de caballeros,
y las guerreras almenas
de hazañas testigos mudos,
los señoriales escudos
de que están las casas llenas,
y el cimborrio, fortaleza
de castellanos leales,
y las casas señoriales
de nuestra racial nobleza
vibran hoy de gozo locas
por vuestra feliz empresa,
que en hablando de Teresa,
aquí son lenguas las rocas.
Y los guerreros temidos
que aun muestran de valor rastro,
en sepulcros de alabastro
con sus lebreles dormidos,
ceñidos de cota y malla
de sus sepulcros salir
parecen, para subir
a las torres y muralla
a anunciar que arzón y silla
y yelmo están preparados
para acompañar armados
por las tierras de Castilla
a la mujer avileña
y al recuero castellano,
que tomaron por su mano
como cruzados la empresa
de salvar entre los dos

la España, que viene abajo,
con el pan que da el trabajo
y con el amor de Dios.
Y porque os lleváis al fin
la mujer de nuestra historia,
a pasearla con gloria
del uno al otro confín,
y porque la habéis formado
en vuestras manos tan bella,
que todos claman "es Ella"
la que nos habéis plasmado,
señor, Avila no atina
sino a daros parabienes;
¡derrame en España bienes
vuestra Teresa, Marquina!

FERREOL HERNÁNDEZ

Avila, 8 de marzo de 1933.



Jorge de la Cueva, comediógrafo y crítico teatral, considerado como una de las primeras figuras de entre los escritores modernos

Visión de España, visión teresiana

Siglo XVI. España, como hoguera en lo alto de un monte—faro, guía, luz—arde, vibra, se agita, se derrama por el mundo entero, lleva a todas partes un reflejo de su pensamiento, de su carácter, de sus creencias simbolizadas en una cruz que en Europa se opone a la herejía y en las Indias va abriendo camino a la verdadera civilización.

Siglos enteros de calumnias, hijas del liberalismo, nietas del protestantismo, logran aislar a varias generaciones del contacto comprensivo con esta época gloriosa y se produce el inexplicable contrasentido de que el orgullo nacional se sienta halagado por las grandezas materiales mientras se renegaba del impulso espiritual que las producía. Se ensalzaba a las grandes figuras por su gloria exterior y se renegaba, se incomprendía, que es peor aún, el pensamiento que palpitaba en sus obras.

Quedaba así inútil para nosotros, sin más efecto que el de una estéril emoción estética superficial, la más grande época de nuestra historia, Maestra de espiritualidad, de intensidad, de dinamismo dramático. Un sentido dramático pleno de vitalidad, el dramatis-

mo optimista de las luchas de la voluntad para construir, no el dramatismo deprimente que surge luego, en el que sólo vemos elementos pasivos, resistencias, manifestaciones espasmódicas del instinto de defensa contra fuerzas que están por encima de la voluntad caída.

Contra el cúmulo secular de insidias, de calumnias que nublaban aquel sol esplendoroso que no se ponía en los dominios de España, sólo podía la clarividencia de un poeta, la comprensión cordial, la más segura de todas de un poeta, de Eduardo Marquina, a quien el corazón le dice que tanta belleza, tanto heroísmo, tanto sacrificio, tantas increíbles hazañas tenían que nacer de cosas muy profundas, muy nobles y muy altas.

Fué un enamorado de esos tiempos, que hizo vivir en magníficos poemas "En Flandes se ha puesto el sol", "Doña María la Brava", "El retablo de Agrellano", poemas que tomaban forma dramática, porque era el modo de conservarlos íntegros el intenso dinamismo con que los percibía el poeta. A fuerza de estudiar la época, de acercarse a ella con amor, de comprenderla en su esencia, adquirió una sutileza de unión que le llevó a las figuras más representativas, en las que parecía plasmarse condensado todo el espíritu de aquel tiempo. Una de ellas, la ingente figura de Santa Teresa.

Se acercó a ella Marquina con el corazón; se enamoró, y este es su acierto, su gloria mayor, el secreto de su éxito.

Porque muchos se han acercado a la escritora más que a la Santa, más con pedanterías de erudito, que con fervores en el espíritu y se les negó la visión completa. Marquina, tras la santa vió luego la mujer,

más aún: lo que hacía santa a la mujer, vió su espíritu, y entonces tuvo la visión completa de aquella vida sin igual, agitada por un doble dinamismo, que era representación del de toda su época, una agitación espiritual de lucha constante en un vuelo audaz hacia Dios, y en esta lucha era donde tomaba fuerzas para la formidable actividad material que se unían en un solo fin: Dios.

El poeta, por feliz coincidencia, era dramaturgo; sólo en el drama podía reflejarse esta fuerza enorme, que es Santa Teresa. Y acertó a hacerla vivir en el drama, con entero conocimiento, con absoluta verdad, de tal manera, milagro de poesía y de comprensión, que no vive en él una Teresa parcial, unida al pasaje dramático, sino una Teresa íntegra, en cada momento hay una visión total de la Santa, y es porque ha acertado a mostrarnos su espíritu.

Teresa de "Las Fundaciones" y Teresa de "Las Moradas". La esencia de una y otra y aún hay conocimiento y aliento poético para mostrarnos ese espíritu derramándose, ancho y generoso, por Castilla y España; sembrando en las abiertas besanas, semillas de la gran cosecha venidera: del espíritu español unificado por la fe.

JORGE DE LA CUEVA

“Teresa de Jesús” en Avila

Evocada por el arte de Marquina, Teresa de Ahumada ha hecho su aparición en Avila de los Caballeros. Unos carteles fijados en las paredes, con la silueta carmelitana de la monja avileña, atraen la mirada de las gentes. Desde la mañana cola larga en la puerta del teatro principal. A poco ya no queda “papel” para las dos funciones de hoy.

Cuando nos damos una vuelta para ver las murallas, se ve que la ciudad, dormida entre ellas, se ha despertado con curiosidad enorme, como si la Santa volviese, en efecto, a caminar por las carreteras polvorientas. Por lo menos, su figura surge en los espíritus acompañada de gloriosos recuerdos y santas inspiraciones.

En torno del teatro se arremolina el pueblo. Va a aparecer de veras en el escenario. Al levantarse el telón el teatro está hasta los topes. Hay espectadores de toda condición, y hasta podemos afirmar, de toda ideología. No faltan gentes campesinas que han venido de los pueblos; los de Fontiveros, especialmente, para ver a San Juan de la Cruz, que aparecerá también acompañando a la Santa. El señor Obispo de Avila ha autorizado a los sacerdotes para asistir al espectáculo, así que hay en el teatro un público desusado, desde arriba hasta abajo.

Comienza, con la maravilla y la expectación consiguiente, la primera "estampa", o cuadro de la obra.

Locutorio del convento de la Encarnación. Las damas y clérigos del escenario empiezan a exponer el asunto. Son favorables a la reforma que va a emprender Teresa. El "atrezzo", exacto y vistoso. El Obispo de la época "quiere paz"; pero irrumpe en la escena la reformadora y el Prelado acaba por rendirse. La difícil empresa, soñada y querida durante veinte años por Teresa, está en marcha. La protagonista es ya dueña, no sólo de los personajes de su época, sino del público. Al terminar la "estampa" estalla el entusiasmo y Marquina sale a recibir el homenaje de los abulenses, que le aplauden insistentemente.

Nos vamos dando cuenta de que la compañía ha sido seleccionada con gran acierto. Los actores escogidos a la medida de los personajes. María Palou encarna la célebre monja. Un poco joven, tal vez, pero llena de emoción mística, y, sobre todo, de valor paciente. La señorita Moneró en "su rival". Monja a quien ultraja la reforma y corroe la envidia de la gloria que adivina en Teresa. Los dos caracteres entran en pugna, que no por ser monjil, deja de ser admirablemente dramática, pugna que ha de llegar a su cumbre en la "estampa" quinta, arrancando lágrimas y aplausos a la vez a los espectadores.

Como el interés de la obra va creciendo en los finales de las primeras "estampas", Marquina y los actores reciben ovaciones del público, cada vez más calurosas y emocionantes. El movimiento dramático de las "estampas" tercera y cuarta promueven nuevo asombro y simpatía. El poeta ha acumulado en torno de Teresa las contradicciones, los desprecios, la persecución, los trabajos y los celos, que constituyen la tra-

ma dramática de su vida. El autor, además de pintar el ambiente y delinear el carácter formidable de su heroína, se había propuesto muchas cosas; pero lo más evidente, a través de sus versos deliciosos, de los dichos y acciones de la Santa, es la lección de perseverancia en el bien; de paciencia activa que "no se deja", sino que "alcanza". Pocas ternuras y muchas obras fuertes. Para hacer frente a todos los trabajos y contrariedades; a las calumnias, a la Inquisición misma, "sólo Dios basta", dice el letrado colocado sobre la puerta del locutorio.

Los demás actores han tomado sus respectivos papeles con todo cariño y no hay uno que esté fuera de su carácter. Pero en lo bueno, hay mejor, que fué, sin duda, el padre Gracián, que representaba el señor Peña. Aquella mezcla de ingenuidad de religioso y de varonil constancia para secundar el heroísmo santa de la Madre; el gesto noble y ascético a la vez; voz y prestancia de predicador admirado, y humildad de niño ante la fascinación sublime de aquella sublime mujer, dieron a su actuación un mérito relevante.

Todos los demás, incluso la pequeña novicia que riega las flores, el recuero castellano, tan lleno de verdad, transformado por una recomendación de la Santa, el formidable Obispo de la primera "estampa", han formado un conjunto admirable.

La "estampa" quinta nos da, como hemos dicho, la escena "cumbre de la obra". Todo el arte y toda la emoción artística de las dos monjas, Palou y Moneró, dieron al momento un hondo sentido humano y místico a la vez. Ese silencio de las grandes emociones llenó los ámbitos de la sala. Hasta por las mejillas de los varones corrían las lágrimas. Era el triunfo de la santidad, del arte y del poeta.

Se comprende la dificultad para los actores, ponerse a sentir de veras, aunque fuera por breves momentos, las altas virtudes de los personajes evocados por el dramaturgo. Pues lo lograron; y a nuestro juicio, hasta se excedieron un poco en dar a su continente un matiz un tanto hierático y "monjil". En cambio, cuando la emoción los sacaba de aquella rigidez, que ellos suponían en el convento, el calor y el movimiento de la vida, la pasión contenida en las almas verdaderamente grandes, llenaba el escenario, y todos se movían como se mueven en la realidad las monjas y los frailes de carne y hueso.

Por lo demás, el poeta nos ha delineado una Santa Teresa "histórica". Hasta sus dichos graciosos ponen una nota de buen humor en la austeridad de su vida.

La última "estampa", breve y certero epílogo de la obra, es de gran precisión y valor evocativo. Además, las actuales circunstancias en que vive el alma de los católicos españoles, introducían en las palabras y pensamientos de la reformadora del siglo XVI un elemento muy nuestro, muy de nuestro tiempo.

Cuando la gloriosa castellana, anciana y acabada, echa "a cojear" hacia Alba de Tormes para morir, apoyada en el hombro del viejo recuero y acaba con aquellos versos: "...muchas leguas, muchos siglos—aún tenemos que andar—juntos Castilla y Teresa", todos comprendemos el pensamiento íntimo del poeta cristiano. Así que al caer el telón, se volvió a subir y bajar repetidas veces, entre los vítores y aplausos del público.

Después todavía se leyeron dos poesías, una de ellas exquisita, en homenaje al señor Marquina, para el cual Avila conservará gratitud y admiración duraderas.

¿Qué más puede hacer un poeta si no encender en

una ciudad apagada la llama de la gloria, de la santidad y del patriotismo? Y eso ha hecho el dramaturgo con el maravilloso poder evocador de su arte. Hacer vivir a Avila unos momentos con su Santa, su gloria y su amor.

Manuel GRAÑA

Avila, 7 marzo 1933.

JUICIOS CRITICOS

de la Prensa de Madrid sobre el estreno de "Teresa de Jesús"

El "A B C", en la fecha del estreno, estaba suspendido por el Gobierno.

Jorge de la Cueva, en "El Debate":

"El respeto, la devoción, un profundo sentimiento español y su gran talento, han hecho posible a Eduardo Marquina acercarse a la figura excelsa de Santa Teresa de Jesús sin tocar en el escollo que hay casi siempre en torno de personajes universalmente conocidos.

Ha tenido el acierto Marquina, en primer lugar, de acercarse a la Santa con un sincero amor, que ya significa comprensión; con certero instinto teatral ha estudiado y escogido para mostrarnos a Santa Teresa, aquella parte de sus obras en que aparece más viva, más dinámica.

Y al hablar de versos, un elogio a Marquina, que se

ha ceñido al clásico, sonoro y teatral octosílabo, tan español, que juntamente con la figura de la heroína se le han impuesto, le han hecho decir cosas españolísimas y le han dado la gallardía de hablar de cosas espirituales, santas y piadosas a un público que las reconocía como suyas, las gustaba y las aplaudía emocionado.

.....

Al final, Santa Teresa, en la figura de un místico, habla a Castilla con palabras de porvenir y de eternidad.

.....

El éxito fué triunfal, aplausos y llamadas en frases y versos y ovaciones entusiastas en todos los finales de cuadro."

Manuel Machado, en "La Libertad":

"Creo que Teresa de Jesús es uno de los caracteres femeninos más complejos y densos, más simpáticos y profundos, más vivos y vivaces que hayan podido influir en la humanidad.

La llaneza y la sal, la reciedumbre y la ternura, la fuerza de captación de esta mujer sublime realizaron prodigios de acción en la tierra y tienen para la escena posibilidades de variedad y unidad asombrosas.

.....

Las seis bellísimas estampas que constituyen—como otras tantas estrofas—el hermoso poema, quieren, y logran a veces, ser verdaderamente representativas y expresivas del carácter y de la vida de la Santa, la prodigiosa "fémina andariega", gloria de la gloria.

.....

El maravilloso tema de Teresa y Jesús asoma ape-

nas discretamente en algunos momentos de la obra. Pero la obra nos ha producido una gran impresión y nos ha proporcionado un verdadero deleite.

Y el público ha compartido plenamente esa impresión y ese goce.

Grandes ovaciones coronaron los finales de todos los cuadros y subrayaron a veces las más felices expresiones poéticas.

.....
Admirable la escenografía, de Fontanals."

E. Díez-Canedo, en "El Sol":

"Estampas carmelitas: así llama a su nueva obra Marquina, no comedia ni drama. Cuadros recortados de la vida de Teresa, sin propósito de biografía—y éste es uno de sus mejores aciertos—, ni afán de componer una acción teatral. Cada cuadro quedaría completo en sí, podría representarse aisladamente, aunque a algunos los comunique un tenue hilo dramático, en el cual—acierto mayor aún—no es Teresa parte activa, por más que sin ella no pudiera acaso enlazarse ni resolverse.

.....
Tengo para mí que algunas escenas de "Teresa de Jesús", a la que se nos presenta rapsódicamente desde su primera fundación hasta que emprende el último de sus viajes, presintiendo ya el tránsito, son de las más bellas y ceñidas que ha dado al teatro Marquina.

A quien yo quisiera alabar, sobre todo por una cosa: por haber visto a Teresa no como a la histérica de ciertos comentadores modernos, sino como a la mujer de acción, sublime y sencilla a la vez, que no retrocede

ante el sacrificio, ni encuentra reposo al final de cada etapa.

.....

Bien está lo que ha hecho Marquina. Mejor todavía lo que ha dejado de hacer. Su trama sin intriga de amor, y sólo una sombra erótica, levemente apuntada; sus escenas de claustro y el movimiento de hábitos carmelitas, apenas alternados con severos trajes seculares; su lírica y su plástica en junto valen tanto como el drama."

De Juan G. Olmedilla, en "Heraldo de Madrid":

"Consignemos jubilosos—con júbilo que, cuando se trata de un triunfo de Marquina, todo el mundo comparte sin la menor reserva—que el poeta ha logrado plenamente cohonestar en su intento—total logro, mejor dicho—los varios antagonismos e incompatibilidades que erizaban de sirtes peligrosas la prueba.

Empapadas de cristianismo—y aun de catolicidad—las "estampas carmelitas" de "Teresa de Jesús", transminan francos alientos liberales; espirituales, recatadas, honestas, alcanzan, no obstante, un interés espectacular extraordinario.

.....

Esta vez el dramaturgo ha sido taumaturgo, y el milagro se ha logrado gracias a haberse asomado con sencillez de alma—pulquérrimo de prejuicios—a la figura de la Santa de Avila. Le ha bastado mirarla con ojos limpios para que se le revele en la plenitud de su gracia humana."

De Buenaventura Vidal, en "La Nación":

"Eduardo Marquina ha tenido el completo acierto de

hacer alentar en toda su obra el espíritu de Santa Teresa. Pocos éxitos ha tenido en su larga vida de autor mayor que el de anoche, ni más merecido.

.....

Ella: No encontramos palabra más elegante ni más gráfica para aludir a la protagonista de la obra. Ella no puede ser más que Teresa de Jesús. Y ella está tratada por Eduardo Marquina con un respeto, con una verdad, con una fidelidad de detalles y de conjunto verdaderamente excepcional.

Siempre la rima y el metro más adecuado al momento y al personaje; siempre el poeta dando la mano al dramaturgo para alcanzar el éxito cumbre de Eduardo Marquina.

.....

Durante el transcurso de la obra se aplaudieron muchísimas frases e imágenes, siendo de advertir que lo fueron con mayor entusiasmo aquellas que más recordaban el modo de ser de Teresa de Jesús."

De M. Fernández Almagro, en "La Voz":

"Eduardo Marquina se ha acercado con profundo respeto a la imagen de la Santa, a la figura de la mujer, a la sombra de un pasado nacional.

.....

"Teresa de Jesús" es texto dramático interesante. Responde a un noble propósito: se engalana con el buen concepto inicial de una reconstrucción a lo humano; se adorna con evidentes aciertos de versificación. A cuenta de ellos sonaron muchas veces los aplausos; en todo caso, al final de cada cuadro. Fontanals ha ideado y resuelto bellísimos escenarios: de los que

conmueven por su emoción plástica y por su propiedad respecto al motivo dramático.”

De Bejarano, en “Ahora”:

“Teresa de Jesús” es el poema de la vida de la Santa de Avila, en su aspecto más fecundo: en el de fundadora. Es el poema de sus afanes por dar cimiento y extensión a la obra que acometiera por inspiración divina. Es el poema de la monjita andariega que cruza descalza las sendas de España, sembrando en todos los barbechos y en todos los pedregales la semilla bendita de su reforma. Es el poema de su lucha inacabable con los enemigos de toda laya, que la acechan en las revueltas de los caminos y tratan de morder en su alma que ambula desnuda, también como sus pies, por entre los abrojos. Es el poema de su gloria, lo mismo en los arrebatos triunfales de cada fundación que cantan los repiques de campanas, como en la paz callada de los claustros donde sus ovejas rezan a Jesús.

... ..

El poema obtuvo un éxito de los más resonantes a que nos ha sido dable asistir en esta temporada, tan pródiga en acontecimientos, llamémosles así, teatrales. El público se sintió arrebatado desde las primeras escenas. Un verso fácil y limpio, que fluye cristalino y sonoro como un arroyuelo, sin un retorcimiento y sin un latiguillo (aunque quizá el señor Puga se creyera en el caso de buscarlos), es muelle vehículo para el transporte del auditor por las rutas de la emoción. Abundan—no podía ser de otra manera—los pensamientos bellos y profundos y las agudezas ingeniosas, que provocaron clamores admirativos, cuando no francas ovaciones. Estas resonaron unánimes y prolonga-

das al final de cada una de las seis "estampas" en que el señor Marquina ha dividido su poema."

De Arturo Mori, en "El Liberal":

"Eduardo Marquina, enamorado de la figura de Santa Teresa, pero no como Catulle Mendes, para convertirla en bandera política y filosófica, sino, como buen catalán de Castilla, para marchar con su recuerdo por la senda de las grandes añoranzas.

.....

Marquina ha visto a Teresa en sus facetas humanas y familiares, en su casera constancia, en ese amor a la paciencia, que tanto la acercó a la humanidad doliente; en el espíritu de humillación y de sacrificio que hizo retremblar sus nervios y pudrirse sus huesos en una imperturbable peregrinación cristiana."

De José de la Cueva, en "Informaciones":

"Eduardo Marquina ha triunfado en un difícilísimo empeño, quizá el más arduo de cuantos se propuso.

.....

El triunfo es definitivo, porque es, como en este caso, la labor del poeta unida a la del investigador concienzudo, del pensador profundo y del psicólogo sutil. La obra es completa.

Y Marquina ha conocido a Teresa de Jesús con el corazón y con la mente, ha forjado un carácter que era sin duda el de ella; ha vivido las escenas de sus andanzas y ha sabido extraer el dramatismo de sus trabajos de reformadora y fundadora.

.....

En la versificación ha puesto Marquina la sencillez

y naturalidad que la índole de la obra requería. Ningún artificio, ninguna complicación, y cuando el momento lo pide, cuando hace hablar a San Juan de la Cruz, asoma la silva clásica en que versificó su alma el santo poeta. Nada falta en la evocación dramática, nada sobra; la realización ha llegado a donde aspiró el intento.

.....

La escenografía, de Fontanals, muy entonada.

El poeta se adueñó del público muy pronto. La primera salida a escena de Teresa de Jesús es tan valiente, tan certera, tan firme, que bastó para descubrir la fuerza e importancia de la obra. A partir de ese momento, la atención no decayó, los aplausos se sucedían y el autor fué reclamado constantemente a lo largo de la obra y al final de cada estampa. El poder sugestivo del drama es tal, que—poder del arte—todos se entregaron. Vimos aplaudir con fervor a hombre tan poco teresiano de espíritu como el señor Zulueta, ministro de Estado.

Un éxito definitivo.”

De Bernardo G. de Candamo, en “El Imparcial”:

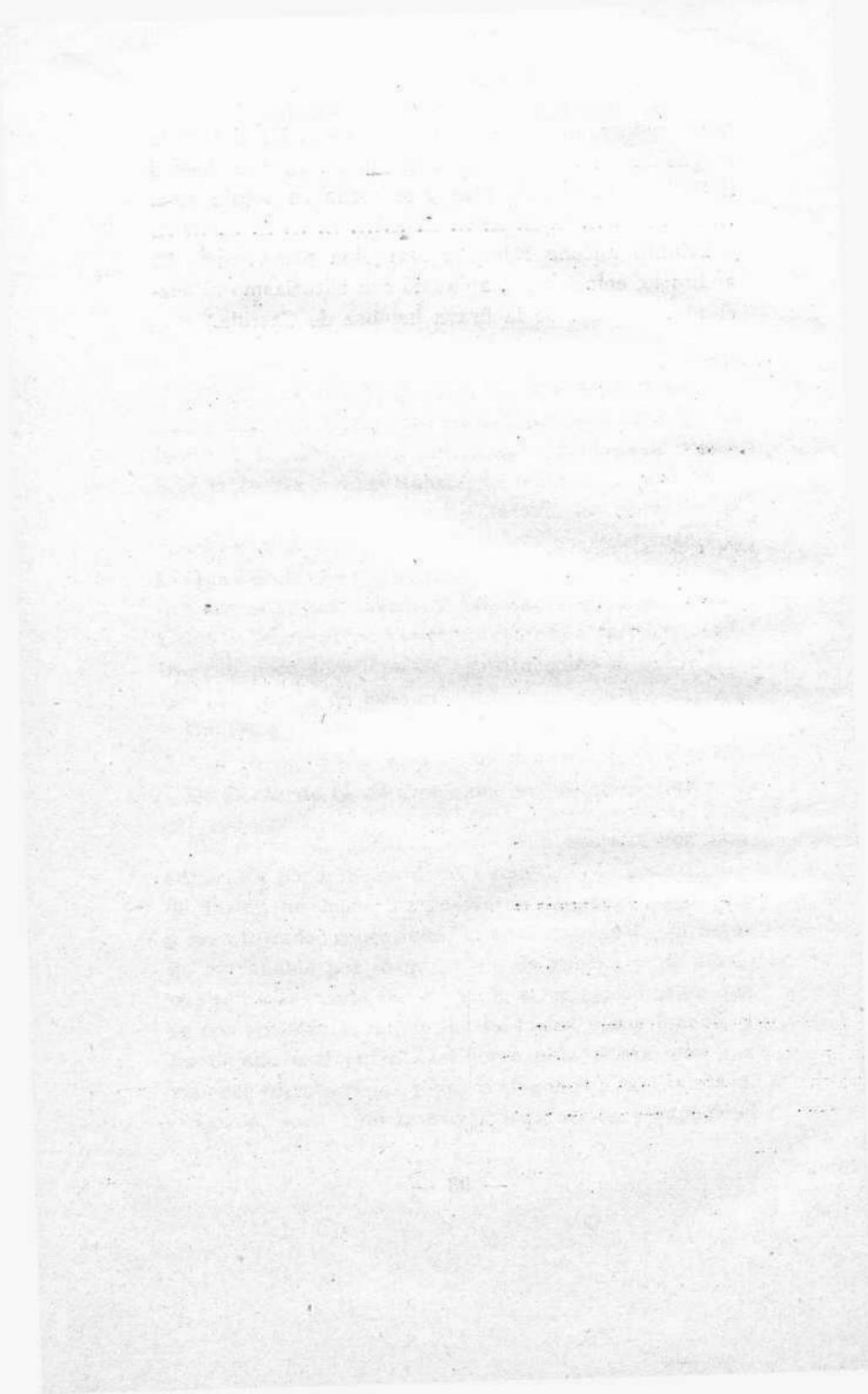
“Eduardo Marquina, con un fino sentido, con una admirable ponderación de lo humano en la gran figura de Teresa de Jesús, ha comentado el tema biográfico y ha utilizado, sobre todo, el dato minúsculo, el detalle entrañable por lo que tiene de cordial y de efusivo; se ha acercado con atención a los episodios en que se nos muestra la mujer fuerte, brava y apasionada, y ha dejado casi entre bastidores a la Santa, con sus visiones ultraterrenas y sus diálogos con la Divinidad.

Queda, pues, aquí la monja toda acción y capacidad

organizadora, que sabe crear y mandar. Es el temple magno de un ejemplar de humanidad, en que lo más insignificante se sublimiza y se torna en poesía viva.

... ..

Triunfó anoche Eduardo Marquina plenamente. El auditorio, emocionado, aplaudió con entusiasmo al suscitador escénico de la brava hembra de Castilla.'



I N D I C E

	Páginas
Prólogo	5
En el siglo	9
En el castillo interior.....	20
Por los caminos.....	33
Más allá de todo camino.....	56
Cómo escribía Santa Teresa.....	59
A Marquina	69
Visión de España, visión teresiana.....	75
Teresa de Jesús en Avila.....	79
Juicios críticos de la Prensa de Madrid sobre el estreno de "Teresa de Jesús".....	85

I N D I C E

TABLE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

1
2
3
4
5

Teresa de Jesús

volverá a representarse
en el

TEATRO BEATRIZ

el martes, 23 de Mayo,
con arreglo al siguiente:

REPARTO:

<i>Teresa de Jesús</i>	MARIA PALOU
<i>Doña Beatriz de Espina</i> ...	MARIA LUISA MONERO
<i>Madre Priora</i>	Carmen Seco
<i>Fray Jerónimo Gracián</i> ...	LUIS PEÑA
<i>San Juan de la Cruz</i>	Eduardo Moreno
<i>Don Alvaro de Mendoza</i> ..	Pedro Cabré
<i>Maestro Daza</i>	Rafael Mario Victorero

Doña Guiomar de Ulloa y María del Refugio, Marina Domingo; María de San José, Porfirita Sanchiz; María Ocampo y María Reparadora, Pastora Peña; Doña Juana de Ahumada, Conchita López Domínguez, Luz Castellanos y María de la Luz, Luisita Jerez; Ana de S. Bartolomé, Valentina Yarraguirre; Doña Aldonza y Antonia del Espíritu Santo, María Lozano; Mari-Barba y la monja, Lilly Rollinson; Julián Dávila, Vicente Llopis; Caballero Salcedo, Ramiro de la Mata; Blas el recuero, Toribio G. Tomé; Juan de Ovalle y el hijo de Blas, Pablo Sáez; Golilla, Pedro Rubio; Un hombre del pueblo, Carlos V. Terceño.

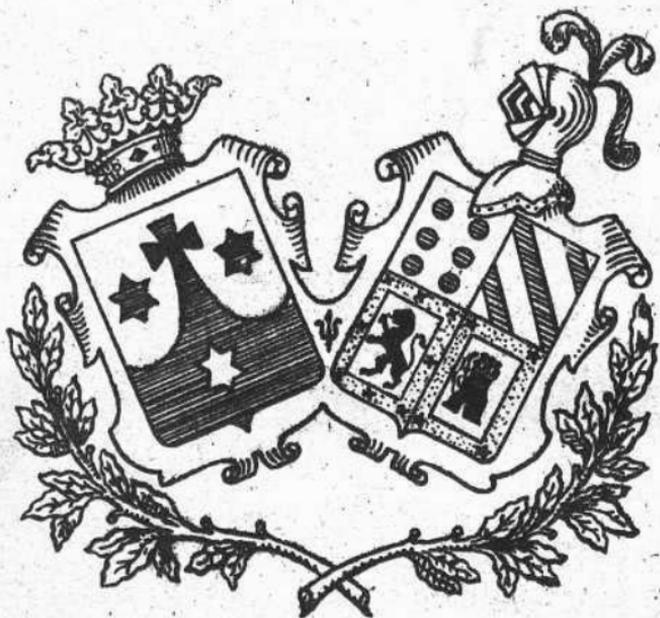
Decorados de FONTANALS.

Vestuario de MONFORT.

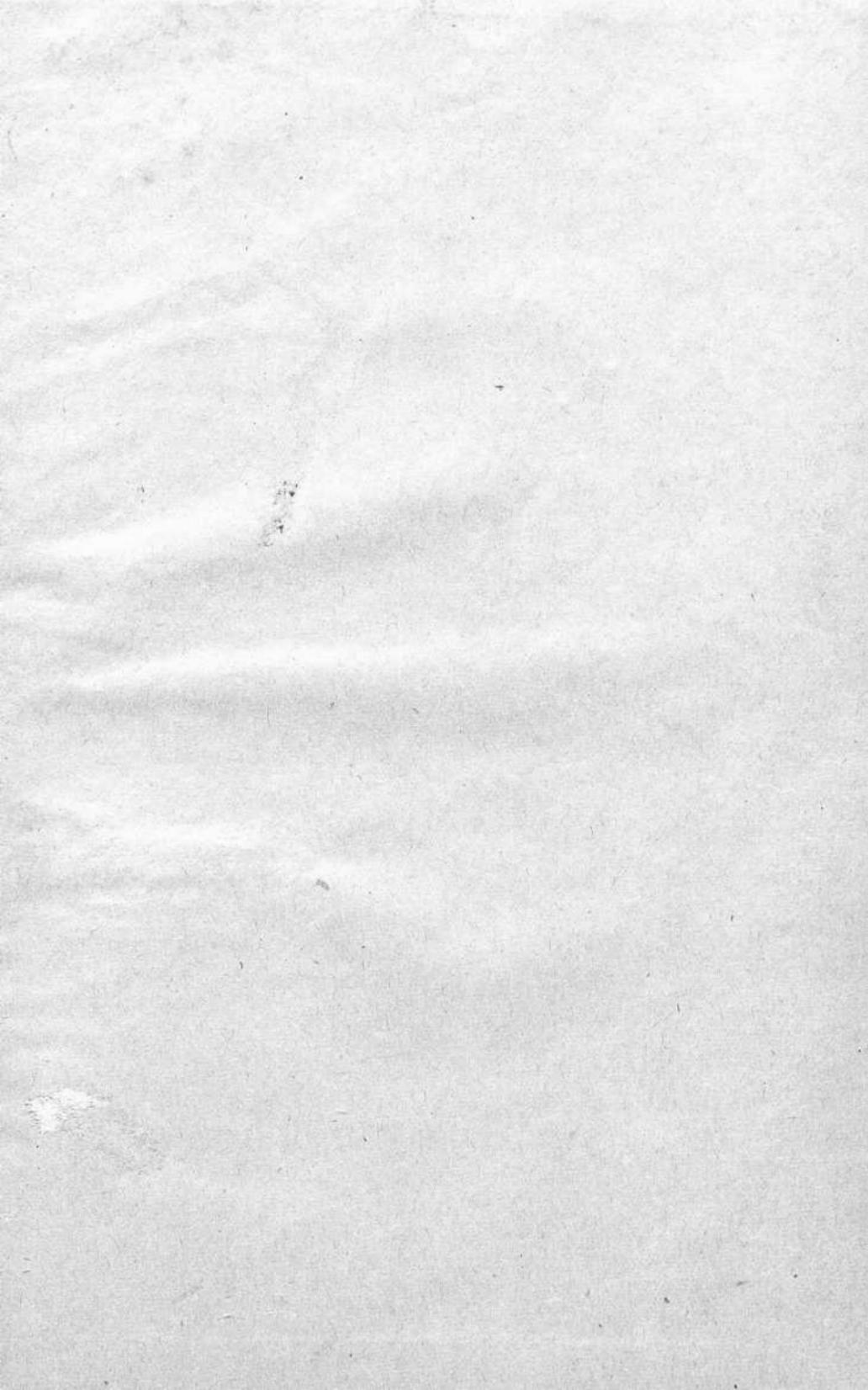
Todos los papeles han sido
repartidos, ensayados y di-
rigidos por el autor

Eduardo Marquina

Y con este mismo reparto ha sido representada
"TERESA DE JESÚS", por España
adelante, más de 200 veces.



Precio: 50 cts.







96-7-8456

